

Version para trabajar y editar como

ORGANON MEDICO

Sobre los métodos alopáticos y paliativos de las escuelas que hasta ahora han dominado en medicina.

Sin desconocer los servicios que un gran número de médicos han prestado a la ciencias accesorias de la medicina, a la filosofía y química natural, a la historia natural en sus diferentes ramas y al hombre en particular, a la antropología, fisiología y anatomía, etc., sólo me ocuparé de la parte práctica de la medicina, para demostrar el modo tan imperfecto en que han tratado hasta ahora a las enfermedades. Mis miras son muy superiores a las de aquella rutina mecánica, que juega con la vida tan preciosa del hombre, según el manual de prescripciones, cuyas repetidas ediciones muestran que tanto se siguen empleando. Deliberadamente descarto esa despreciable práctica del médico ordinario. Me refiero al arte médico practicado hasta ahora en el supuesto que su antigüedad le otorga el carácter de ciencia.

Por la observación, la reflexión y la experiencia descubrí que -contrariamente al viejo método alopático- la manera verdadera y apropiada de tratamiento está contenido en la máxima: *Para curar de manera suave, pronta, cierta y duradera, se debe elegir en cada enfermedad, un medicamento capaz de producir una afección semejante a la que se pretende curar.*

Este modo homeopático de curar nadie lo había enseñado antes que yo, nadie lo había puesto en práctica. Pero siendo éste el método verdadero, como lo puedo demostrar, es de esperar que cada siglo nos brinde señales palpables de su existencia. Es, pues, de la mayor importancia para el bien del género humano indagar cómo han obrado, propiamente hablando, estas curaciones tan notables por su rareza como por su efecto tan sorprendente.

Entre los médicos, es el medico militar danés Stahl quien expresa su convicción sobre este punto en términos inequívocos: "La regla generalmente admitida en medicina, de tratar las enfermedades con remedios de acción antagónica (*contraria contrariis*), es bastante falsa y el reverso de lo que debiera ser; estoy por el contrario convencido de que las enfermedades ceden a los agentes que determinan una afección semejante (*similia similibus*).... He tratado con gran éxito la tendencia a la acidez gástrica con dosis mínimas de ácido sulfúrico, en casos que inútilmente se habían administrado una multitud de polvos absorbentes".

¡Cuán cerca estuvo la gran verdad de ser captada! Pero fue descartada como una simple idea pasajera, y así la indispensable reforma del anticuado tratamiento médico de la enfermedad, de aquel inapropiado sistema terapéutico, para dar paso al verdadero y certero arte curativo, quedó para cumplirse en nuestros tiempos.

EL ORGANON MEDICO

El ideal más elevado de una curación es restablecer la salud de manera rápida, suave y permanente, o quitar y destruir toda la enfermedad por el camino más corto, seguro e inofensivo, basándose en principios de fácil comprensión. .

Si el médico percibe con claridad lo que hay que curar en las enfermedades, en cada caso individual (*conocimiento de la enfermedad, indicación*); si percibe claramente lo curativo en cada medicamento en particular (*conocimiento del poder medicinal*), y sabe cómo adaptar, conforme a principios claramente establecidos, lo curativo en los medicamentos a lo descubierto en el paciente para lograr su restablecimiento, si además adapta el medicamento (*elección del remedio, indicación del medicamento*), según el modo exacto de preparación y cantidad requerida (*dosis apropiada*), y el período conveniente para repetir la dosis; -Si conoce los obstáculos para el restablecimiento en cada caso y es hábil para removerlos, de modo que dicho restablecimiento sea permanente: *entonces habrá comprendido la manera juiciosa y racional de tratar al enfermo y estará capacitado en el arte de curar.*

Es igualmente conservador de la salud si conoce las cosas que la trastornan y las que originan la enfermedad y sabe apartarlas de las personas sanas. Es útil al médico, pues le ayuda en la curación, conocer la *causa excitante* más probable de la enfermedad aguda, así como los puntos más importantes en la historia de la enfermedad crónica, que le encaminan para descubrir la causa fundamental. En estas investigaciones deberá indagar sobre la constitución física del paciente (especialmente cuando la enfermedad es crónica), su carácter moral e intelectual, su ocupación, modo de vivir y costumbres, sus relaciones sociales y domésticas, su edad, funcionamiento sexual, etcétera.

La potencia curativa de las medicinas, por lo tanto, depende de sus síntomas, semejantes a la enfermedad, de modo que cada caso individual de enfermedad es destruido y curado más segura, radical, rápida y permanentemente, solo por medio de medicinas capaces de producir (en el organismo humano) de la manera más similar y completa la totalidad de sus síntomas. Dos enfermedades, que difieran, ciertamente, en la especie, pero muy semejantes en sus manifestaciones y efectos y en los sufrimientos y síntomas que produzcan individualmente, invariablemente se destruyen la una a la otra cuando se encuentra juntas en el organismo. Veamos ejemplos de enfermedades que han sido curadas homeopáticamente por enfermedades que presentan síntomas semejantes. Entre éstas la viruela, tan temida por el gran número de sus síntomas graves, ocupa un lugar prominente, y ha removido y curado numerosas enfermedades con síntomas semejantes.

¡Cuán frecuentemente la viruela produce una oftalmía violenta, algunas veces hasta la ceguera! ¡Y mirad! Inoculándola Dezoteux **(1)** curó permanentemente una oftalmía crónica, y Leroy **(2)**, otra.

Una amaurosis de dos años de duración, debida a la supresión de la tiña de la cabeza, se curó por medio de ella, según Klein **(3)**.

¿Con cuanta frecuencia la viruela es causa de sordera y disnea! Y ambas enfermedades las removi6 al llegar a su per6odo 6lgido, como observ6 J.Fr. Cross **(4)**

La hinchaz6n del test6culo, aun de car6cter muy agudo, es un s6ntoma frecuente de la viruela y por esta raz6n, seg6n observ6 Klein **(5)** pudo curar en virtud de su semejanza, una gran hinchaz6n dura del test6culo izquierdo debida a un traumatismo- Y otro observador **(6)** vio la curaci6n de una hinchaz6n semejante, por ella.

Entre los s6ntomas molestos de la viruela existe un estado disent6rico y Fr. Wendt **(7)** observ6 c6mo dobl6gaba la viruela a una disenter6a, por ser agente morb6fico similar.

La viruela que venga despu6s de la vacunaci6n, elimina a la vacuna inoculada, de un modo homeop6tico y no le permite llegar a su completo desarrollo; pero, si la vacuna est6 cerca de la madurez, por raz6n de su gran semejanza, disminuye homeop6ticamente y mucho, la viruela que sobrevenga y la hace muy benigna **(8)**, como atestiguan M6hry **(9)** y muchos otros.

La vacuna, cuya linfa inoculada, adem6s de la sustancias preservadora, contiene un principio contagioso de erupci6n cut6nea de otra naturaleza, que consiste con frecuencia en granos peque6os y secos (raramente grandes y pustulosos) con una aureola peque6a, frecuentemente asociada con manchas rojas y redondas y con picaz6n violenta, aparece en no pocos ni6os varios d6as antes m6s frecuentemente despu6s de la aureola de la vacuna, y desaparece en pocos d6as, dejando manchas peque6as, rojas y duras en la piel; por la semejanza de este miasma accesorio, la vacuna en desarrollo, cura perfecta y permanentemente, de una manera homeop6tica, erupciones cut6neas an6logas, en ni6os, a menudos de muy larga duraci6n y de car6cter muy penoso, como atestiguan numerosos observadores **(10)**.

La vacuna, cuyo s6ntoma peculiar es producir una tumefacci6n del brazo **(11)** cur6 despu6s de haber desarrollado, un brazo hinchado y medio paralizado **(12)**.

La fiebre que acompa6a la vacuna, que se presenta en la 6poca de la producci6n de la aureola roja, cur6 homeop6ticamente una fiebre intermitente en dos individuos, como el menor de los Hardege **(13)** refiere, confirmando lo que J. Hunter **(14)** hab6a ya observado que dos fiebres (enfermedades semejantes) no pueden coexistir en el mismo cuerpo.

Si el sarampi6n se pone en contacto con una enfermedad que se parezca a su s6ntoma principal, la erupci6n, indiscutiblemente la remover6 y efectuar6 una curaci6n homeop6tica. As6 una erupci6n herp6tica cr6nica fue completa y permanentemente (homeop6ticamente) curada **(15)** `por la aparici6n del sarampi6n, como observ6 Gotrum **(16)**. Una erupci6n miliar de la cara, cuello y brazos excesivamente ardorosa, que hab6a durado seis a6os y se agravaba en cada cambio de tiempo, con la invasi6n del sarampi6n asumi6 la forma de una hinchaz6n de la superficie de la piel, la cual, despu6s que el sarampi6n recorri6 su curso fue curada y no volvi6 m6s **(17)**.

(1) Trtrait6 de l'inoculation, p 189.

(2) Heilkunde f6r M6tter, p. 384.

(3) Interpres cl6nicus, p. 293.

(4) Neue Heilart der Kinderpocken, Ulm. 1769, p. 60; and Specim., obs. N. 18.

- (5) Op. cit.
- (6) Nov. Act. Nat. cur., vol. i., obs. 22.
- (7) Nachricht von dem Krankenkinstitut Zu Erlangen, 1783.
- (8) Esta parece ser la razón del hecho notablemente beneficioso, que desde la distribución general de la vacuna de Jenner, la viruela humana nunca volvió a aparecer epidérmicamente o con la virulencia de 40 o 50 años antes, en que la ciudad visitada por ella, perdía a lo menos una mitad y a menudo las tres cuartas partes de sus niños por muerte debida a esta peste miserable.
- (9) Willan, Ueber die Kuhpockenimpfung, aus dem ngl., mit Zusatzen G. P. Mühry, Gottingen, 1803.
- (10) Especialmente Clavier, Hurel y Desmormeaux, en el Bulletin des sciences médicales, Publio par les membres du comité central de la Soc. de Médecine du Departament de l'Eure, 1808; también en el Journal de Médecine continue vol. XV, p. 206.
- (11) Balhorn, en Hufeland's Journal, 10 ii.
- (12) Stevenson, en Duncan's Annals of medicine, lustr. 2 vol. I, pt. 2 N. 9.
- (13) En Hufeland's Journal, XX iii.
- (14) On the venereal Disease, p. 4.
- (15) Cullen's Elements of Practical Medicine, pt. 2, I, 3. ch. Vii.
- (16) O al menos ese síntoma fue removido.
- (17) En Hufeland's Journal, XX, 3 p. 50.
- (18) Rau, Ueber d. Perth des hom. Heilv., Heidelb. 1824, p. 85.

Hubiéramos podido encontrar muchas más curaciones reales, naturales y homeopáticas de esta clase, si por una parte la atención de los observadores se hubiera fijado más en ellas, y por otra si la naturaleza no fuese tan deficiente en enfermedades homeopáticas curativas.

Como hemos visto, la misma naturaleza poderosa tiene bajo su dominio pocas enfermedades además de las de carácter constante (la sarna), el sarampión y la viruela (y la linfa vacunal), agentes morbíficos (viruela y sarampión) y que como remedios son, o más peligrosos para la vida y que deben temerse más que la enfermedad que se trata de curar, o son de tal naturaleza (como la sarna) que, después de haber efectuado la curación, necesitan ser curados a fin de desarraigarlos a su vez del organismo, circunstancias ambas que hacen su empleo difícil, incierto y peligroso. ¡Y cuán pocas son las enfermedades a que el hombre esta sujeto, que encuentran su remedio semejante en la viruela, el sarampión y la sarna! Y sin embargo, como se ha visto, podemos señalar algunas curaciones homeopáticas notables efectuadas por esta coincidencia feliz.

Este principio terapéutico se manifiesta con claridad a todo cerebro inteligente. Pero vean las ventajas del hombre sobre los procedimientos azarosos y felices de la naturaleza imperfecta. ¡Cuántos millares de agentes homeopáticos tiene a su disposición para aliviar los sufrimientos, en las sustancias medicinales universalmente distribuidas en la creación! En ellas tiene la variedad de productores de síntomas para

las innumerables, concebibles o inconcebibles enfermedades naturales, a las que puede prestar ayuda homeopática. Sustancias medicinales cuyo poder, cuando su empleo como remedio ha terminado, desaparece espontáneamente sin necesidad de otros tratamientos para su extirpación. Es el caso de la sarna y agentes morbíficos artificiales que el médico puede atenuar y subdividir, dinamizando la dosis hasta quedar ligeramente más fuerte que la enfermedad natural semejante que se trata de curar.

Con este método incomparable de curación, no hay necesidad de ningún ataque violento al organismo, para desarraigar una enfermedad por inveterada y antigua que sea; la curación se realiza por una transición suave, imperceptible y a menudo rápida del estado de enfermedad natural torturante al de salud permanente y deseada.

Todo agente que obra sobre la vitalidad, todo medicamento, desarmoniza más o menos al organismo, alterando su salud por un periodo más o menos largo. Esta se llama acción primaria. A esta acción el organismo reacciona oponiendo su energía propia. Esta acción de resistencia es ciertamente una propiedad automática nuestra de conservación que lleva el nombre de *acción secundaria o reacción*. El organismo parece como si despertara para desarrollar (A) la condición de salud exactamente opuesta (*reacción, acción secundaria*) a este efecto (*acción primaria*) producida sobre ella, y a un grado tan grande como fue el efecto (acción primaria) del agente morbífico artificial o medicinal, y proporcional a su energía; o (B) si no hubiese en la naturaleza un estado exactamente opuesto a la acción primaria, intenta neutralizarse a sí misma, es decir, extinguir el cambio verificado en ella por el agente externo (por el medicamento), en cuyo lugar sustituye su propio estado normal (*acción secundaria, acción curativa*). Ciertamente, el organismo sólo emplea contra ella tanta reacción (acción secundaria) como es necesaria para el restablecimiento de la condición normal.

Estas verdades incontrovertibles que en la naturaleza se nos ofrecen a la observación, explican la acción benéfica del tratamiento homeopático; mientras muestran la falsedad del tratamiento paliativo de las enfermedades, con medicamentos que obran antagónicamente. Sólo en caso muy urgentes, en que la vida pelagra y lo inminente de la muerte no diese tiempo a un medicamento homeopático para obrar y no admitiesen dilación alguna de las horas ni minutos, en enfermedades súbitas a personas que poco antes estaban sanas, como la asfixia, la fulguración, la sofocación, la congelación, la sumersión, etc., solo en estos casos es permitido y conveniente reanimar la irritabilidad y la sensibilidad (la vida física) con la ayuda de los paliativos, tales como ligeras conmociones eléctricas, lavativas de café muy cargado, olores excitantes, la acción progresiva del calor, etc., Cuando se haya realizado este estímulo, el juego de los órganos vitales continúa fisiológicamente como antes, pues no había enfermedad que remover, sino la suspensión u opresión de la vitalidad únicamente. A esta categoría pertenecen también diversos antidotos que se emplean en los envenenamientos repentinos; los álcalis contra los ácidos minerales, el hígado de azufre contra los venenos metálicos, el café, el alcanfor (y la ipecacuana) para los envenenamientos por el opio, etc.

No importa si algunos síntomas del remedio homeopático son antagónicos a ciertos síntomas de la enfermedad, no por eso el remedio ha sido mal elegido; pues con tal que los síntomas más fuertes, más marcados (característicos) y peculiares sean cubiertos por la similitud de sus síntomas, la enfermedad será dominada, destruida y

aniquilada. Los pocos síntomas, opuestos también desaparecen por sí mismos después que termina la acción del medicamento, sin retardar la curación en lo más mínimo.

Toma del caso

No puede verificarse la curación real sin un tratamiento personal (individualización) del caso. Solamente existe alguna diferencia en la investigación según se trate de una enfermedad aguda o de rápido desarrollo o de una enfermedad crónica. Considerando que en las enfermedades agudas los síntomas principales nos impresionan y son evidentes a nuestros sentidos con más rapidez, y de aquí que se requiera mucho menos tiempo para trazar el cuadro patológico y un interrogatorio breve, mientras que en una enfermedad que ha progresado por años los síntomas son mucho más difíciles de descubrir. De aquí que las siguientes instrucciones para investigar los síntomas sólo son parcialmente aplicables a las enfermedades agudas.

El examen individualizado de un caso de enfermedad, para el cual solo daré en este lugar las instrucciones generales de las que el práctico sólo retendrá en su mente lo que es aplicable a cada caso individual, no exige al médico más que *ausencia de prejuicio y sentido perfecto*, atención al observar y fidelidad al trazar el cuadro de la enfermedad.

El paciente detalla la historia de sus sufrimientos; los que le rodean refieren de que se ha quejado como se ha portado y lo que han notado en él; el médico ve, oye y observa con sus otros sentidos lo que haya de alterado o extraordinario. Escribe con exactitud todo lo que el paciente y sus amigos le han dicho con sus propios términos. Guardando silencio les permite decir todo lo que tengan que referir y se contiene de interrumpirlos, a menos que se desvíen hablando de otros asuntos. El médico les indica al principio del examen que hablen despacio a fin de que pueda anotar las partes importantes de lo que digan. Cada interrupción rompe el lazo de las ideas del narrador y todo lo que hubiese dicho al principio, no ocurre exactamente igual después de ésta.

Empieza otra línea con cada nueva circunstancia mencionada por el enfermo o sus amigos, de modo que los síntomas estarán todos colocados separadamente unos debajo de otros. De este modo podrá añadir a cualquiera de ellos algo que al principio hubiese sido relatado de una manera demasiado vaga, pero que subsecuentemente se ampliase con claridad.

Al concluir su relato espontáneo, el médico revisa cada síntoma individual y saca una información más precisa y particular del mismo de la manera siguiente: ¿en que tiempo se presentó este síntoma? ¿Fue antes de ingerir el medicamento que hasta ahora habrá estado tomando? ¿Mientras lo tomaba? ¿O solamente después de algunos días de dejarlo de tomar? ¿Qué clase de dolor, que sensación precisamente, se han presentado en esta región? ¿Cuál era la región exacta? ¿Vino el dolor por accesos y espontáneamente, diferentes períodos? ¿O fue continuo, sin intermitencias? ¿Cuánto tiempo duró? ¿A que hora del día o de la noche y en qué posición del cuerpo se agravó o cesó por completo? ¿Cuál era la naturaleza exacta de este o aquel acontecimiento o circunstancia mencionada, descritos con palabras sencillas o llanas?.

Y así el médico obtiene una información más precisa respecto a cada detalle en particular, pero sin hacer nunca sus preguntas de modo que sugiera la respuesta al paciente y sólo tenga que responder sí o no (por ejemplo, el médico no debe

preguntar: ¿Tal cosa o tal otra no ha estado presente? Nunca deberá ser culpable de hacer semejante sugestión, que tiende a sugerir al paciente una respuesta falsa y un relato inexacto de sus síntomas); además será inducido malamente a responder afirmativa o negativamente algo incierto, a medias verdadero, o no rigurosamente exacto, ya por indolencia o a fin de complacer a su interrogador, de lo que resultará un cuadro falso de la enfermedad y un tratamiento impropio.

Si en los datos suministrados voluntariamente no hay mención de varias partes o funciones del cuerpo o de su estado mental, el médico preguntará qué más puede decirse de estas partes o funciones, o del estado de su ánimo o de su mente; pero al hacerlo sólo hará uso de expresiones generales, a fin de que sus informante se vean obligados a entrar en detalles especiales con referencia a ellos. Por ejemplo, ¿Cuál es el carácter de su deposición? ¿Cómo orina? ¿Cómo es su sueño diurno y nocturno? ¿Cuál es el estado de su ánimo, de su humor, de su memoria? ¿Cómo está la sed? ¿Qué gusto tiene en la boca? ¿Qué clase de alimentos o bebidas le gustan más? ¿Cuáles le son más repugnantes? ¿Tiene cada alimento su gusto natural perfecto o alguno lo tiene extraño? ¿Cómo se siente después de comer o beber? ¿Tiene algo que decir respecto a la cabeza, los miembros o el abdomen?

Cuando el paciente (porque es en él en quien tenemos principalmente que confiar para la descripción de sus sensaciones, excepto en el caso de enfermedades simuladas) proporcionó la información requerida y trazó un cuadro tolerablemente perfecto de la enfermedad, el médico está en libertad y obligado (si le parece que no ha adquirido todos los datos que necesita) a hacer preguntas más precisas, mas especiales. Por ejemplo: ¿Con que frecuencia evacua? ¿Cuál es el carácter preciso de las deposiciones? ¿La deposición blanquecina es mucosa o fecaloide? ¿Tiene o no dolores durante la deposición? ¿Cuál es su naturaleza exacta y donde está localizado? ¿Qué vomitó el enfermo? ¿El mal gusto de la boca, es pútrido, amargo o ácido o de que clase; antes o después de comer la comida? ¿En que período del día estaba peor? ¿Cuál es el sabor de los eructos? ¿La orina sólo se enturbia al asentarse o está turbia desde que se expulsa? ¿Cuál es su color cuando se acaba de emitir? ¿De que color es el sedimento? ¿Cómo se porta durante el sueño? ¿Gime, se queja, grita o habla mientras duerme? ¿Tiene sobresaltos durante el sueño? ¿Se acuesta sobre el dorso o de que lado? ¿Se abriga bien o no soporta las ropas? ¿Despierta con facilidad o duerme profundamente? ¿Cómo se siente al despertar? ¿Cuándo se presenta éste o aquel síntoma? ¿Viene cuando está sentado, acostado, parado o moviéndose? ¿Sólo en ayunas, o en la mañana, o en la tarde o después de tomar alimento o cuando se presenta comúnmente? ¿Cuándo se presento el escalofrío? ¿Fue sólo una sensación de frío o estaba realmente frío? ¿Si así fue, en que partes? ¿O mientras se sentía escalofriado estaba caliente al tacto? ¿Era sólo una sensación de frío sin temblores? ¿Estaba caliente sin rubicundez de la cara? ¿Qué partes de su cuerpo estaban calientes al tacto, sentía calor sin estar caliente al tacto? ¿Cuándo se presento la sed, durante el frío, el calor, antes o después de ellos? ¿Cuan intensa era la sed, y que clase de bebidas deseaba? ¿O cuántas horas después del calor, cuando estaba dormido o despierto? ¿Cuál fue la intensidad del sudor? ¿Fue caliente o frío? ¿En qué partes? ¿Qué olor tenía? En la mujer téngase en cuenta el carácter de la menstruación y otros flujos o derrame, etc.

Cuando el médico escribió estos pormenores, anota lo que él mismo ha observado en el enfermo y averigua si algo de esto era peculiar al paciente, en estado de salud. Por ejemplo: ¿Cómo se portó durante la visita, el enfermo? Si estaba malhumorado,

pendenciero, apresurado, lloroso, ansioso, desesperado o triste, lleno de esperanza, tranquilo, etc. Si estaba en estado de somnolencia o en algún estado de comprensión difícil o torpe. Si hablaba ronco o en tono bajo o incoherentemente, ¿o de que otra manera hablaba? ¿Cuál era el color de su cara y ojos y de su piel en general? ¿Qué grado de vivacidad y poder había en su expresión y en sus ojos? ¿Cuál era el estado de su lengua, su aliento, el olor de su boca y de su poder auditivo? ¿Sus pupilas estaban dilatadas o contraídas? ¿Cuál era el carácter del pulso? ¿Cuál la condición del abdomen? ¿Qué grado de humedad o calor, frialdad o sequedad al tacto tenía la piel de esta o aquella región, o en general? Si se acostaba con la cabeza echada hacia atrás, con la boca medio abierta o completamente abierta con los brazos colocados debajo de la cabeza, en su espalda o en cualquiera otra posición. ¿Qué esfuerzo hacía para levantarse? Debe anotarse cualquiera otra cosa mas que impresione al medico y sea interesante.

El médico deberá observar la enfermedad, aunque esté alterada por medicamentos, si no pudiere averiguar que síntomas existían antes del empleo de estos. Así podrá formarse una imagen de la enfermedad en su condición actual, o sea del conjunto patológico. De este modo, trazando el cuadro completo de la enfermedad, estará capacitado para combatirla con remedios homeopáticos apropiados.

Si la enfermedad se ha presentado en poco tiempo o en el caso de una afección crónica, mucho tiempo antes, por alguna causa evidente, entonces el enfermo, o sus amigos interrogados reservadamente, la mencionarán ya espontáneamente o bajo cuidadosos interrogatorios. Cualquiera causa de carácter vergonzoso, que no quiera confesar el enfermo y sus amigos, al menos voluntariamente, debe el médico tratar de obtenerla forzando hábilmente sus preguntas, o por información reservada. Pertenecen a ésta los envenenamientos o intentos de suicidio, el abuso de vino, licores, café –exceso en la comida en general o de algún alimento en particular, de naturaleza nociva--, la infección venérea o la sarna, amores desgraciados, celos, desdicha doméstica, preocupaciones, penas por alguna desgracia familiar, mal trato, venganza frustrada, orgullo agraviado, dificultades peculiares, temor supersticioso, hambre, imperfección de los genitales, una hernia, un prolapso y así de lo demás.

Mientras se investiga el estado de una enfermedad crónica, debe considerarse y escudriñarse muy bien las circunstancias especiales del paciente respecto a sus ocupaciones ordinarias, su modo habitual de vivir y su dieta, su posición doméstica y así lo demás, para averiguar que hay en ellas que pueda producir o sostener la enfermedad, a fin de que su remoción favorezca al restablecimiento. En las enfermedades crónicas de la mujer es especialmente necesario prestar atención al embarazo, esterilidad, deseos sexuales, partos, abortos, lactancia y la menstruación. Respecto a la última averiguar si se presenta en intervalos demasiado cortos o si se retrasa más allá del tiempo normal, cuantos días dura, si el flujo es continuo o intermitente, cual es en general su cantidad la fuerza de su color, si existe leucorrea antes o después, pero especialmente por que clase de sufrimientos físicos o mentales, sensaciones y dolores es precedida, acompañada o seguida; si hay leucorrea ¿Cuál es su carácter, que sensaciones acompañan el flujo, de que cantidad es éste, en que condiciones y ocasiones se presentan?

La investigación en las enfermedades crónicas de los signos mencionados, debe llevarse a cabo tan cuidadosa y circunstancialmente como sea posible y deben atenderse las peculiaridades minuciosas. Por ser lo más característico y porque los enfermos están tan habituados a sus largos sufrimientos que prestan muy poca o

ninguna atención a los pequeños síntomas accesorios que son frecuentemente muy fecundos en significación (característicos) y a menudo determinan la elección del remedio.

Además de esto, los pacientes mismos difieren tanto en su modo de ser, que algunos, especialmente los llamados hipocondríacos y otras personas de gran sensibilidad e impacientes a los sufrimientos, pintan sus síntomas con colores demasiado vivos y describen sus dolencias con expresiones exageradas, con el fin de urgir al médico que lo alivie. No se encontrará nunca en los hipocondríacos aun entre los más impacientes, la inversión de síntomas y sufrimientos. La comparación de éstos en épocas distintas cuando el médico no les da nada absolutamente o sólo algo que no es medicinal, lo demuestra plenamente; pero debemos restar algo de su exageración, y atribuir siempre la naturaleza enérgica de sus expresiones a su excesiva sensibilidad, en cuyo caso esta misma exageración de sus expresiones cuando habla de sus sufrimientos viene a ser por sí mismo un síntoma importante en la lista de los caracteres distintos de que se compone la imagen de la enfermedad. El caso es diferente si se trata de locos simuladores de enfermedades.

Epidemias

Al investigar la totalidad de los síntomas de las enfermedades epidémicas y esporádicas, no importa que haya o no aparecido antes en el mundo algo semejante con el mismo nombre o con otro. La novedad o peculiaridad de una enfermedad de esta clase no influye ni en el método de examen ni en el tratamiento. Deberá considerar la imagen pura de cada enfermedad reinante como si fuera algo nuevo o desconocido e investigarla completamente en sí misma, si desea practicar la homeopatía de manera positiva y radical. El examen cuidadoso demostrará que cada enfermedad reinante será de carácter especial, difiriendo de las epidemias anteriores.

Puede suceder que en el primer caso de enfermedad epidémica no se obtenga pronto su imagen completa, pues sólo por medio de una observación precisa de varios casos de cada una de las enfermedades colectivas, pueda convertirse en experto con la totalidad de sus signos y síntomas. No obstante, el médico cuidadosamente observador puede aun con el examen del primero o segundo enfermo llegar lo más aproximado posible al conocimiento del verdadero estado, teniendo en la mente una imagen característica de él, y aun tener éxito encontrando el remedio apropiado, homeopáticamente adaptado.

Al escribir los síntomas de varios casos de esta clase, el diseño del cuadro de la enfermedad se hace cada vez más complejo; no más extenso y difuso sino más significativo (más característico) e incluyendo más particularidades de la enfermedad colectiva. Por una parte, los síntomas generales (por ejemplo: pérdida del apetito, insomnio, etc.) quedan definidos en cuanto a sus peculiaridades y por otra, los síntomas más notables y especiales que son peculiares a pocas enfermedades y de aparición más rara, al menos en la misma combinación, se hacen prominentes y constituyen lo que es característico de la enfermedad. El médico que ha podido ya escoger en los primeros casos el remedio que se aproxima a la especialidad homeopática, podrá en los casos subsecuentes ya verificar la conveniencia del remedio elegido, o descubrir el más apropiado, el más homeopático. Todos los atacados de la enfermedad reinante, al mismo tiempo, la contraen indudablemente de una sola y misma fuente, de aquí que tengan la misma enfermedad; pero toda la

magnitud de una enfermedad epidémica y la totalidad de sus síntomas no puede conocerse por un solo paciente. Solo puede ser perfectamente deducida (abstraída) y descubierta por los sufrimientos de varios enfermos de constituciones diferentes.

Cuando la totalidad de los síntomas que caracterizan y distinguen el caso patológico, o en otras palabras, cuando el cuadro de la enfermedad está trazado, la parte más difícil del trabajo esta concluida. El médico tiene entonces la imagen de la enfermedad siempre frente a sí para guiarle en el tratamiento. Durante el tratamiento, cuando desea averiguar cual ha sido el efecto del medicamento y que cambios se han realizado en el estado del paciente, solo necesita borrar, después de un nuevo examen de la lista de síntomas anotados en la primera visita, los que se hayan mejorado, marcar los que aun persisten y añadir cualesquiera otros nuevos que hayan sobrevenido.

Patogenesias

El *segundo punto*, se refiere a la *adquisición del conocimiento de los instrumentos destinados a la curación de las enfermedades naturales*, investigando el poder patogenésico de los medicamentos, para elegir de entre éstos, uno, de cuya lista de síntomas se puede construir una enfermedad artificial tan semejante como sea posible a la totalidad de síntomas de la enfermedad natural que se intenta curar.

Deben conocerse todos los efectos patogenésicos de los diversos medicamentos; es decir, deben observarse primero todos los síntomas morbosos y alteraciones de la salud que cada uno de ellos es capaz de desarrollar en el individuo. Siendo los remedios homeopáticos mas apropiados para la mayor parte de las enfermedades naturales.

Ningún médico, que yo sepa, con excepción del grande e inmortal Albrecht von Haller, durante los anteriores dos mil quinientos años, pensó en este modo tan natural, tan absolutamente necesario, único y genuino de experimentar los medicamentos para obtener sus efectos peculiares en perturbar la salud, a fin de conocer qué estado morbooso son capaces de curar, solo (Haller), además de mi, vio la necesidad de ésto (Prefacio de la Pharmacopoeia Helvet, Brasil, 1771, fol., p. 12): Pero ninguno, ni un solo médico prestó atención y siguió estas estimables indicaciones.

En el procedimiento curativo homeopático, el organismo viviente reacciona contra la acción primaria medicinal sólo lo necesario para volver otra vez la salud a su estado normal. Los medicamentos narcóticos son la única excepción de ésto. Como anulan, en su acción primaria la sensibilidad, acontece frecuentemente que en su *acción secundaria*, aún con dosis moderadas experimentadas en cuerpos sanos, hay un aumento de la sensibilidad (y mayor irritabilidad). Con excepción de estas sustancias narcóticas, en los experimentos en cuerpos sanos con dosis moderadas de medicamentos, solo observamos su acción primaria, es decir, los síntomas con los cuales el medicamento desvía la salud del ser humano y desarrolla en él un estado morbooso de duración más o menos larga.

Algunos síntomas son producidos por los medicamentos más frecuentemente, es decir, en muchos individuos sanos, otros más raramente o en pocas personas, algunos solamente en muy pocas. A la última categoría pertenecen las llamadas *idiosincrasia*, con las cuales se entienden aquellas constituciones físicas peculiares, que aunque por otra parte sanas, poseen la predisposición de presentar un estado más o menos

morboso por ciertas cosas que no parecen producir impresión ni cambio en muchos otros individuos .

Dos cosas se requieren para la producción de éstas tanto como de todas las otras alteraciones morbosas de la salud, es decir, el poder inherente de la sustancia influyente y la aptitud del organismo para dejarse influenciar. Así pues la desviaciones evidentes de la salud en las llamadas idiosincrasias no pueden atribuirse sólo al caso de estas constituciones peculiares, sino que se deben también a estas cosas que las producen, en las cuales debe existir el poder de impresionar del mismo modo a todos los organismos humanos. Sin embargo, sucede que solo unas cuantas constituciones sanas tiene la tendencia de presentar una condición morbosa evidente debida a ellas. Que esos agentes impresionen realmente a todo cuerpo sano se demuestra pues actúan curativamente en todos los enfermos, por los síntomas morbosos semejantes a los que estos agentes parecen capaces de producir en los individuos sujetos a la llamada idiosincrasia.

Por esta razón los medicamentos, de los cuales depende la vida y la muerte, la salud y la enfermedad, deben distinguirse entre si de manera completa y muy cuidadosamente ensayándolos mediante experimentos en el cuerpo sano, para conocer su poder y efectos positivos y tener de ellos un conocimiento exacto, evitando errores en su empleo terapéutico. Sólo con su elección correcta, el mayor de los beneficios de la tierra, la salud, puede restablecerse rápida y permanentemente.

En estos experimentos, de que depende la exactitud del arte médico y el bienestar de las futuras generaciones humanas, no deben emplearse más medicamentos que los que sean perfectamente conocidos y de cuya pureza, autenticidad y energía estemos completamente seguros.

Cada uno de estos medicamentos debe tomarse en forma perfectamente simple y pura; las plantas indígenas en forma de jugo recién extraído, mezclado con un poco de alcohol para impedir su descomposición; las sustancias vegetales exóticas empero, en forma de polvo o de tintura preparada con alcohol cuando se hallen en estado fresco, y después mezclada con cierta proporción de agua; las sales y las gomas se disolverán en agua un momento antes de tomarlas. Si las plantas sólo puede obtenerse en su estado seco, y si su poder es naturalmente débil, en este caso se usará para el experimento su infusión, hecha cortando la hierba en pequeños pedazos y echándole agua hirviendo para extraer sus principios medicinales. Debe tomarse inmediatamente después de preparada, mientras está caliente, pues todo jugo vegetal obtenido por expresión y todas las infusiones acuosas de vegetales, sin adición de alcohol, entran rápidamente en fermentación y descomposición, por lo cual pierden todas sus propiedades medicinales.

Para esos experimentos cada sustancia medicinal debe emplearse completamente sola y perfectamente pura, sin mezcla de otra sustancia extraña y sin tomar ninguna otra medicina el mismo día, ni durante el tiempo que queramos observar sus efectos.

Durante el experimento deberá regularizarse estrictamente la dieta; deberá estar tanto como sea posible desprovista de especies; deberá ser de carácter puramente nutritivo y simple; los vegetales verdes (se permiten los guisantes tiernos, judías verdes francesas, patatas cocidas y en todos los casos zanahorias, como los vegetales menos medicinales), raíces, ensaladas y sopas de legumbres (que aunque estén preparadas con mucho cuidado, poseen algunas cualidades medicinales perturbadoras) deberán evitarse. Las bebidas serán las usualmente tomadas y tan

poco estimulantes como sea posible (el experimentador no debe tener el hábito de beber vinos, aguardiente, café o té, o haberse abstenido por mucho tiempo antes del uso de estos brebajes dañosos, que algunos son estimulantes y otros medicinales)

La persona que experimenta el medicamento deberá ser fidedigna en extremo y concienzuda, y durante todo el tiempo del experimento evitar todo esfuerzo exagerado mental y físico, toda clase de disipación y pasiones perturbadoras; no deberá tener negocios urgentes que le distraigan la atención; deberá entregarse a una observación cuidadosa de sí misma y no ser molestada durante ella; deberá estar en buena salud y poseer una dosis suficiente de inteligencia para ser capaz de expresar y describir sus sensaciones en términos exactos.

Los medicamentos deben experimentarse tanto en los hombres como en las mujeres, para que revelen también las alteraciones de la salud que producen en la esfera sexual.

Las observaciones más recientes han demostrado que las sustancias medicinales, cuando se toman en su estado crudo por el experimentador con el propósito de probar sus efectos peculiares, no manifiestan casi la cantidad de poder bastante que existe oculta en ellos, como lo hacen cuando son ingeridas con el mismo objeto, en diluciones altas dinamizadas por la trituración y sucusión apropiadas. Por esta simple manipulación su poder que permanece oculto en el estado crudo, como adormecida se desarrolla y despierta a la actividad a un grado increíble. De esta manera encontramos ahora el modo mejor de investigar el poder medicinal aun de las sustancias estimadas débiles, con el estómago vacío, de cuatro a seis glóbulos muy pequeños, diariamente de la 30c, humedecida en un poco de agua o disuelta en más o menos cantidad de agua y completamente incorporada y dejarle que continúa este método por varios días.

Si los efectos que resultan de semejante dosis son ligeros, puede tomar algunos glóbulos más diariamente hasta que sean más notables la alteración de la salud, pues no todos serán afectados por un medicamento en un grado de intensidad igual. Existe una variedad inmensa en este respecto, de modo que un individuo aparentemente débil apenas pueda ser afectado por una dosis moderada de un medicamento conocido como muy activo, mientras que otros medicamentos mucho más débiles obran en él con bastante energía. Por otra parte, hay personas muy robustas que manifiestan síntomas morbosos muy importantes debido a medicamentos aparentemente suaves y solo manifiestan síntomas más ligeros por drogas fuertes. Ahora bien, como esto no puede saberse de antemano, es prudente comenzar en cada caso con una pequeña dosis, y donde fuese conveniente y necesario aumentar de día en día la dosis cada vez más.

Si la dosis administrada muy al principio ha sido suficiente, se obtiene la ventaja de que el experimentador aprenda el orden de sucesión de los síntomas y pueda anotar con exactitud la época en que cada uno se presenta, lo que es muy útil para conducir al conocimiento del género del medicamento, pues entonces el orden de los efectos primarios, así como de los alternantes se observa de una manera más clara. A menudo bastan unas cuantas dosis, siempre que el experimentador este muy atento a sus sensaciones. La duración de la acción del fármaco sólo puede averiguarse por comparación de varias experiencias.

Sin embargo, si con el fin de averiguar algo se da el mismo medicamento a la misma persona para probar en varios días sucesivos y en dosis siempre crecientes, sin duda que conoceremos los diversos estados morbosos que es capaz de producir este medicamento de un modo general, pero no descubriremos su orden de sucesión, pues la dosis subsecuente a menudo destruye los síntomas causados por la dosis anterior o desarrolla en su lugar un estado opuesto; tales síntomas deben ponerse entre paréntesis para indicar su ambigüedad, hasta que experimentos subsecuentes más puros demuestran si son la reacción del organismo, la acción secundaria o alternante de este medicamento.

Pero cuando el objetivo es sólo averiguar, sin referirse al orden sucesivo de los fenómenos y a la duración de la acción de la droga, los síntomas mismos, especialmente los de las sustancias medicinales débiles, en ese caso el camino preferible es darlas por varios días sucesivos aumentando la dosis cada día. De esta manera la acción de un medicamento desconocido, aun de naturaleza más débil, se revelará especialmente si se experimenta en personas sensibles.

Al experimentar cualquiera sensación particular provocada por el medicamento, es útil, verdaderamente necesario, con el fin de determinar el carácter exacto del síntoma, cambiar de posición mientras dura aquella y observar si por mover la parte afectada, por caminar en la habitación o al aire libre, por pararse, sentarse o acostarse el síntoma aumenta, disminuye o desaparece y si reaparece volviendo a tomar la posición en que por primera vez fue observado; si es modificado por comer o beber, o por cualquiera otra condición, o por hablar, toser, estornudar o por cualquiera otra función del organismo. Debe observarse al mismo tiempo a que hora del día o de la noche se presenta frecuentemente de manera más notable por todo lo cual se manifestará lo que hay de peculiar y característico en cada síntoma.

Los fármacos dinamizados pueden producir cambios especiales propios a su naturaleza en la salud del organismo; pero no todos los síntomas peculiares a un medicamento se manifiestan en una sola persona, ni todos a la vez, ni en la misma experimentación pues algunos aparecen en una persona en una época principalmente, otros durante una segunda o tercera experimentación, en otras personas aparecerán otros síntomas, pero de tal manera que algunos de los fenómenos observados en la cuarta, octava y décima persona, han aparecido ya en la segunda, sexta o novena, y así sucesivamente. Además, los síntomas no se presentan a la misma hora.

Solo puede obtenerse la totalidad de los elementos morbosos que es capaz de producir un medicamento, por numerosas observaciones en personas apropiadas de ambos sexos y de constituciones diferentes. Solamente podemos estar seguros de que un medicamento ha sido completamente experimentado respecto al estado morbozo que puede producir, es decir, respecto de su facultad pura de alterar la salud del hombre, cuando experimentadores subsecuentes noten poco de carácter nuevo en su acción, y casi siempre sólo los mismos síntomas como habían sido observados ya por otros.

Existe en cada fármaco la tendencia de producir en todo ser humano todos estos síntomas conforme a una ley eterna e inmutable de la naturaleza. Por esto, cuando el medicamento se da a un enfermo afectado de males semejantes, actúan todos sus efectos aun aquellos que una vez ocasiona en las personas sanas. Administrado entonces en diluciones homeopáticas, produce silenciosamente en el enfermo un

estado artificial parecido a la enfermedad natural, que rápida y permanentemente (homeopáticamente) le libra y le cura de una enfermedad primitiva.

Cuanto más moderada sea, dentro de ciertos límites, la dosis del medicamento usado en la experimentación, tanto más claramente se desarrollan los efectos primarios, sin efectos secundarios o reacciones, si escogimos a una persona amante de la verdad, sensible, que observe bien sus sensaciones. Sin embargo, cuando se usan dosis excesivamente grandes, se presentan al mismo tiempo no sólo cierto número de efectos secundarios entre los síntomas, sino que también los efectos primarios vienen con tal precipitada confusión y con tal impetuosidad que nada puede observarse con exactitud. Además del peligro que los acompaña, pues quien tenga algún respeto por sus semejantes, y que mire al más humilde de los hombres como a su hermano, pensará de manera diferente sobre este asunto.

Todos los sufrimientos y cambios de la salud del experimentador durante la acción de un medicamento se derivan únicamente de este medicamento y deben considerarse y registrarse como propios de éste, aún cuando el experimentador hubiese observado en él mucho tiempo antes, la presentación ocasional de fenómenos semejantes. La reaparición de estos durante el ensayo del medicamento demuestra solamente que este individuo en virtud de su constitución peculiar, tiene predisposición definida a producir estos síntomas. En este caso son el efecto del medicamento.

Cuando el médico no experimenta en sí mismo el medicamento, sino en otra persona, ésta debe anotar claramente las sensaciones, sufrimientos, accidentes y cambios de salud, mencionando la hora en que se manifiesta cada síntoma y el tiempo de su duración. El médico examina la relación en presencia del experimentador inmediatamente que termina la experimentación, o si esta dura muchos días, lo hace cada día, a fin de que estando todavía fresco todo en su memoria se le interrogue acerca de la naturaleza exacta de cada una de estas circunstancias, y escribe los detalles más precisos obtenidos así o hace los cambios que pueda sugerir el experimentador. El que da a conocer al mundo médico el resultado de tales experimentos se hace responsable de la integridad de la persona que experimentó y de sus afirmaciones, y justamente así es, pues el bienestar de la humanidad que sufre, está aquí en peligro.

Los mejores experimentos en el sujeto sano, son los que el médico sin prejuicios y sensible realiza en sí mismo con todas las precauciones y cuidados señalados aquí. Dichos experimentos tienen otra ventaja inestimable. En primer lugar, será incontrovertible la gran verdad de que la virtud medicinal de los fármacos reside en los cambios de salud que ha sufrido por el medicamento ingerido. Por otra parte, debido a sus observaciones en sí mismo comprenderá sus propias sensaciones, su modo de pensar y su carácter (el fundamento de toda verdadera sabiduría). Además se hace cada vez más preciso en el arte de observar, algo de gran importancia para el médico, por la observación continua de sí mismo, en quien puede confiar y que nunca se engañará. Esto le hará más cuidadoso al observar estos experimentos obteniendo un conocimiento digno de confianza del valor real e importancia de los instrumentos de curación que en gran parte son todavía desconocidos por nuestro arte.

Que no se preocupe por las indisposiciones ligeras provocadas por los medicamentos en las experimentaciones, pues no dañan a la salud. Por el contrario, la experiencia demuestra que el organismo del experimentador se vuelve, mucho más apto a repeler todas las influencias externas enemigas de su constitución y todos los agentes nocivos, morbosos, artificiales y naturales. Siendo capaz de resistir todo lo de carácter nocivo. Toda experiencia demuestra que su salud se hace más inalterable, más robusta.

Si de este modo hemos probado en individuos sanos un número considerable de medicamentos simples, tendremos una verdadera materia médica. Será una colección real y digna de confianza de la manera de obrar de las sustancias medicinales simples. En estos síntomas existe semejanza (homeopaticidad) con los elementos morbosos de las enfermedades naturales que podrán ser curadas en el futuro; en una palabra, comprenden estados morbosos artificiales que proporcionan por su similitud con los estados morbosos naturales, la única terapéutica verdadera, homeopática, es decir, específica, para realizar su curación cierta y permanente.

En verdad, sólo con una cantidad muy considerable de medicamentos conocidos con exactitud de esta manera, podríamos estar en condiciones de descubrir un remedio homeopático para cada uno de los estados morbosos que existen en número infinito, para todas las enfermedades. Mientras tanto, gracias al carácter verídico de los síntomas y la abundancia obtenida durante las experimentaciones, no quedan más que pocas enfermedades para las que no puede encontrarse un remedio homeopático medianamente apropiado para que con seguridad relativa se restablezca la salud de una manera suave, cierta y permanente, infinitamente, más cierta y segura que lo que puede realizar toda la terapéutica alopática con sus mezclas de medicamentos que trastornan y agravan las enfermedades.

Al principio hace cerca de 40 años, hice las experimentaciones de los efectos puros de los medicamentos, siendo ésta mi ocupación más importante. Desde entonces he sido ayudado por algunos jóvenes que han verificado experimentos en sí mismos y cuyas observaciones he revisado rigurosamente. Siguiendo el ejemplo de éstos, algunos otros han hecho trabajos originales de esta clase. ¡Pero qué no será posible realizar en materia de curación, en el dominio inmenso de las enfermedades, cuando observadores minuciosos, exactos y dignos de crédito hayan prestado sus servicios enriqueciendo esta materia médica, son sus cuidadosas experimentaciones! Entonces el arte de curar se acercará, en cuanto a certeza, a las ciencias matemáticas.

Terapéutica

El tercer *punto*, en el ejercicio profesional del verdadero médico se refiere al empleo juicioso de los agentes morbíficos artificiales (medicamentos) que han sido experimentados en individuos sanos para averiguar su acción, *a fin de efectuar la curación homeopática de las enfermedades naturales*.

Si el paciente se queja de uno o más síntomas ligeros, que solo se han observado poco tiempo antes, el médico no los considerará como una enfermedad completamente desarrollada que requiere un tratamiento médico serio. Una modificación ligera en la dieta y en el régimen bastará para disipar tal indisposición. Pero si el enfermo presenta algunos sufrimientos violentos, el médico encontrará además, con frecuencia, investigando, otros muchos síntomas que aunque de carácter más ligero, darán una imagen completa de la enfermedad.

Cuanto más grave es la enfermedad aguda, cuanto más numerosos y notables son sus síntomas, tanto más es fácil encontrar un remedio que le convenga. Entre la serie de síntomas de un gran número de medicamentos, no es difícil encontrar uno cuyos elementos morbosos dispersos puede formar un prototipo de enfermedad artificial curativa muy semejante a la totalidad de los síntomas de la enfermedad natural, y este medicamento es el remedio que se desea.

En esta búsqueda de un remedio homeopático debemos tener en cuenta principalmente los signos y síntomas *más notables, singulares, extraordinarios y peculiares* (característicos); pues *son los que deben corresponder a la lista del medicamento elegido*, para que éste sea el más curativo. Los síntomas más generales e indefinidos, como la pérdida del apetito, cefalalgia, debilidad, sueño inquieto, malestar general, etc., merecen poca atención cuando presentan este carácter vago e indefinido y si no pueden describirse con más exactitud, pues es casi todas las enfermedades y en casi todas las drogas se observan síntomas de la misma naturaleza general.

El Dr. Von Boenninghausen ha prestado un gran servicio a la Homeopatía, con la publicación de los síntomas característicos de los medicamentos homeopáticos y su Repertorio, lo mismo que el Dr. J. H. G. Jahr, con su manual de síntomas principales.

El medicamento más apropiado posee los síntomas peculiares, extraordinarios, singulares y notables (característicos) de la enfermedad, siendo el más apropiado para este estado morbozo. Si la enfermedad no es de muy larga duración, será generalmente removida y extinguida, sin gran molestia, por las primeras dosis del medicamento.

Digo sin *grandes incomodidades*, porque en el empleo de remedio homeopático más apropiado, solo son llamados a obrar los síntomas del medicamento que corresponden a los síntomas de la enfermedad. Los otros síntomas del medicamento homeopático, no siendo aplicables al caso patológico en cuestión, no son llamados a obrar en absoluto. El paciente mejorando de hora en hora, no siente casi nada de ellos, porque la dosis es demasiado débil para producir los síntomas del medicamento que no son homeopáticos al caso, obrando solo los síntomas homeopáticos en las partes del organismo que ya están más irritadas y excitadas por los síntomas similares de la enfermedad. Por ello la vitalidad puede reaccionar sólo contra la enfermedad medicinal semejante hasta extinguir la enfermedad primitiva.

Acontece a veces que *debido todavía al corto número de medicamentos conocidos respecto a su acción verdadera y pura*, solo se encuentra una parte de los síntomas de la enfermedad que se trata de curar, en la lista de los síntomas del medicamento más apropiado, por consiguiente este agente morbífico medicinal imperfecto, debe ser empleado por carencia de otro más perfecto. En este caso no debe esperarse del remedio una curación completa exenta de inconvenientes. Este inconveniente no impide, en verdad, que el remedio extinga una gran parte del mal (los síntomas morbosos semejantes a los síntomas medicinales) aunque no resulte una curación bien pronunciada.

El corto número de síntomas homeopático existente en el medicamento mejor elegido, no es obstáculo para la curación en los casos *en que estos pocos síntomas medicinales sean sobre todo extraordinarios y especialmente distintivos*

(característicos) *de la enfermedad*. La curación tiene lugar bajo estas circunstancias sin ninguna molestia particular.

No obstante, si entre los síntomas del remedio elegido no hay ninguno que se parezca exactamente a los síntomas distintivos (característicos), peculiares extraordinarios del caso patológico, y si el remedio solo corresponde a la enfermedad en su estado general, vagamente descrito, e indefinido (náuseas, debilidad, cefalalgia, etc.) y entre los medicamentos conocidos no lo hay más homeopáticamente apropiado, en ese caso el médico no puede esperar ningún resultado favorable inmediato del empleo de este medicamento no homeopático.

Así pues, si el uso del remedio imperfectamente homeopático, que se emplea al principio, permite males accesorios de alguna gravedad, no se aguardará en las enfermedades agudas, a que la primera dosis haya cumplido del todo su acción; antes que esto suceda se examina de nuevo el estado modificado del enfermo y se une lo que queda de los síntomas primitivos a los síntomas recientemente aparecidos, para formar una nueva imagen de la enfermedad. Se podrá descubrir ahora entre los medicamentos conocidos, uno análogo al estado morbooso que se tiene a la vista y cada dosis le hará avanzar considerablemente en el camino de la curación. Si este medicamento aun es incompleto para restablecer la salud, se examina repetidas veces el estado morbooso que persiste y se escoge un medicamento homeopático lo más apropiado posible, hasta que se consiga el objeto, es decir, hasta poner al paciente en posesión de una salud perfecta.

En las enfermedades crónicas no venéreas, las más frecuentes, se necesita con frecuencia, dar varios remedios sucesivamente, según el grupo de síntomas que ha quedado después de que el remedio anterior ha terminado su acción.

Las enfermedades con pocos síntomas y que son más difíciles de curar, son las que pueden llamarse parciales porque sólo revelan uno o dos síntomas principales que opacan casi todos los otros. Pertenecen principalmente a la clase de las enfermedades crónicas. Sus síntomas principales pueden ser o ya un padecimiento interno (por ejemplo, cefalalgia de muchos años de duración, diarreas crónicas, cardialgia antigua, etc.) o una afección de carácter mas bien externo. Las enfermedades de esta última clase distinguen generalmente con el nombre de *enfermedades locales*.

En las enfermedades parciales de la primera clase, debe atribuirse a la falta de discernimiento de la observación médica, el hecho de que no pude descubrirse en su totalidad los síntomas existentes que podrían ayudar a completar el diseño de la imagen de la enfermedad.

Hay, sin embargo, un corto número de enfermedades, que después del examen inicial más cuidadoso no presentan más que uno o dos síntomas más agudos y violentos, mientras los demás son percibidos vagamente. A fin de tratar con el mayor éxito posible, un caso como éste, que se presenta *muy rara vez*, se debe elegir en primer lugar, guiado por estos pocos síntomas, el medicamento más indicado. Algunas veces será el apropiado para la destrucción de la enfermedad actual; y esto es mucho más probable que acontezca cuando estos pocos síntomas morbosos sean muy notables, determinados, extraordinarios y peculiarmente distintivos (característicos).

En caso que el paciente (que, no obstante, muy rara vez acontece en las enfermedades crónicas, pero no así en las agudas) se sienta muy mal, aunque sus síntomas sean muy vagos, de tal manera que este estado pueda atribuirse al

entorpecimiento del sistema nervioso, que no permite que los sufrimientos y dolores del paciente se perciban con claridad, el *opium* remueve esta torpeza de la sensibilidad interna, que en su acción secundaria o reacción hace más aparentes los síntomas de la enfermedad.

Después que cada dosis nueva de medicamento ha agotado su acción, cuando ya no es conveniente ni útil, debe anotarse de nuevo el estado de la enfermedad que aun persiste respecto a sus síntomas y buscar otro remedio homeopático, tan apropiado como sea posible para el grupo de síntomas que se observan, y así sucesivamente, hasta el restablecimiento completo.

Entre las enfermedades parciales ocupan un lugar importante las llamadas enfermedades locales, con cuyo término se da a entender los cambios y dolencias que aparecen en la parte externa del cuerpo. Hasta ahora la idea dominante en las escuelas era que solo estas partes eran afectadas morbosamente y que el resto del cuerpo no participaba de la enfermedad, teoría doctrinaria absurda que ha conducido al tratamiento médico más desastroso.

Las llamadas enfermedades locales que han sido producidas recientemente, sólo por una lesión externa, aparentan, a primera vista, merecer el nombre de enfermedades *locales*. Pero entonces la lesión debe ser muy trivial y en ese caso no de gran importancia. Pues en caso de lesiones de causa externa si son graves, todo el organismo se resiente; se presenta fiebre, etcétera. El tratamiento de estas enfermedades son del resorte de la cirugía; pero esto está justificado solo en los casos en que las partes afectadas requieren ayuda mecánica por la cual los obstáculos externos que impiden la curación pueden repararse por medios mecánicos. Es el caso de la reducción de las luxaciones, con la sutura de los labios de una herida, con la presión mecánica para detener la hemorragia de una arteria rota, con la extracción de cuerpos extraños que han penetrado en el organismo, abriendo las cavidades del cuerpo para extraer una sustancia irritante o procurar la evacuación de derrames o colecciones líquidas, por la adaptación de las extremidades de un hueso fracturado y retenerlas en contacto exacto con vendajes apropiados, etc. Pero cuando en estas lesiones se requiere *ayuda dinámica* activa que le ponga en condición de verificar el trabajo curativo, por ejemplo; cuando una fiebre violenta resulta de contusiones extensas, laceración de los músculos, tendones o vasos sanguíneos, que requieren la administración interna del medicamento, o cuando el dolor externo de partes escaldadas o quemadas, necesitan calmarse homeopáticamente, entonces los servicios de la dinamización entran en juego.

Todo verdadero tratamiento médico de una enfermedad en las partes exteriores del cuerpo, con poca o ninguna violencia externa, buscará la extinción y curación, por remedios internos, de la enfermedad general, si se pretende un tratamiento juicioso, seguro, eficaz y radical.

La experiencia demuestra que todos los medicamentos internos producen inmediatamente después de su ingestión, cambios importantes en la salud general del paciente y especialmente en las partes externas afectadas (que la visión vulgar mira como absolutamente localizadas) y aun en las llamadas enfermedades locales de las partes más externas del cuerpo. Se restablece así la salud de todo el organismo, juntamente con la desaparición de la afección externa (sin la ayuda de ningún remedio externo), con tal que el remedio interno dirigido al conjunto de la enfermedad, se hubiese elegido convenientemente en sentido homeopático.

El mejor modo lograrlo será considerando no solamente el carácter exacto de la afección local, sino también todas las demás alteraciones, cambios y síntomas que se observan en el estado del enfermo. Después el médico procurará, en conversaciones frecuentes con el paciente, trazar el cuadro de la enfermedad tan completamente como sea posible, conforme a las instrucciones dadas arriba para dilucidar los síntomas más notables y peculiares (característicos), eligiendo así el remedio con el mayor parecido sintomático

Enfermedades mentales

Las instrucciones que tengo que dar relativas a la curación de las enfermedades mentales se pueden reducir a muy pocos puntos, pues deben curarse del mismo modo que todas las otras enfermedades. Casi todas las llamadas enfermedades mentales y emocionales no son nada más que enfermedades corporales en las que está acrecentando el síntoma de perturbación de la mente y el carácter, mientras que los síntomas físicos declinan (más o menos rápidamente), hasta alanzar a lo último el aspecto notable de enfermedad parcial, como si fuera una enfermedad local situado en el órgano sutil e invisible de la mente o del carácter.

No son raros los casos, en las enfermedades llamadas corporales que amenazan la existencia, como la supuración del pulmón, la alteración de cualquier otra víscera esencial, o en algunos otras enfermedades agudas, como la fiebre puerperal, etc., en las que aumentando rápidamente la intensidad del síntoma moral, la enfermedad degenera en locura, en un especie de melancolía o de manía, ante las cuales los síntomas corporales dejan de ser peligrosos y mejoran casi hasta la salud perfecta o mas bien disminuyen a tal grado que su presencia opacaba solamente puede descubrirse por la observación de un médico dotado de perseverancia y penetración. De este modo son transformados en una enfermedad parcial, o por decirlo así, local, en que el síntomas de la perturbación mental, que al principio era ligero, aumenta hasta convertirse en el síntoma principal, que en parte ocupa el lugar de los otros síntomas (corporales), cuya intensidad la domina de una manera paliativa, en una palabra, las afecciones de los órganos materiales del cuerpo son transportados y conducidos a los órganos mentales y emocionales.

En estas enfermedades debemos tener mucho cuidado en conocer el conjunto de los fenómenos, los que pertenecen a los síntomas corporales, y aquellos que se refieren a la comprensión exacta de la naturaleza precisa del síntoma principal, del estado mental y moral peculiar y siempre predominante, a fin de descubrir la potencia medicinal patogenésica homeopática. A este conjunto de síntomas pertenece, en primer lugar, la descripción exacta de todos los fenómenos de la llamada enfermedad corporal anterior, antes de que degenerase, por la preponderancia de los síntomas psíquicos, en una parcial, y se convirtiese en enfermedad mental y moral. Esto puede saberse por el relato de los amigos del paciente.

Comparando estos síntomas precedentes de la enfermedad corporal con los vestigios que de ella todavía subsisten en la actualidad, aunque casi extinguidos (y que aun en esta época se hacen a veces bastante sensibles cuando hay un momento lúcido, o cuando la enfermedad mental experimenta una disminución pasajera, se puede uno convencer plenamente de que, aunque encubiertos, jamás han dejado de existir.

Añadiendo a esto el estado mental y moral fielmente observado por los amigos del enfermo y por el médico mismo, tendremos así formada la imagen completa de la enfermedad, para lo que se debe investigar un medicamento capaz de producir síntomas notablemente semejantes, con particularidad un desorden análogo de la mente, si la enfermedad psíquica ha durado ya algún tiempo.

Sin embargo, si la locura o manía (debida a un susto, vejación, abuso de licor, etc.), se ha presentado repentinamente como una enfermedad aguda en el estado de calma ordinaria del paciente, deberán emplearse una serie de medicamentos experimentados como *aconitum*, *belladonna*, *stramonium*, *hoscyanus*, *mercurius*, etc.. dinamizados, para recuperar el bienestar del paciente..

Acontece muy raramente que una afección mental que dure y algún tiempo, cese espontáneamente (pues la discrasia interna se traslada por sí misma otra vez a los órganos mas densos del cuerpo). Son pocos los casos en que un enajenado haya sido despedido del manicomio en apariencia curado. Hasta ahora los manicomios continúan atestados, de modo que las numerosas personas de la localidad que solicitan su admisión, con dificultad encuentran lugar a menos que muera alguno de los asilados ¡Cuan a menudo, el verdadero arte de curar, la genuina homeopatía, no ha conseguido restablecer en estos seres infortunados la posesión de su salud mental y corporal, y devolverlos a sus amigos encantados y al mundo! Pero si se omite el tratamiento homeopático debemos esperar casi seguramente la aparición rápida, por una causa mucho más ligera que la que produjo el primer ataque de locura, de un nuevo acceso de duración más larga y grave, durante el cual la enfermedad mental se desarrolla con frecuencia completamente y se convierte en una desviación periódica o continua, que entonces es mucho mas difícil de curar.

Si la enfermedad mental no está completamente desarrollada y es dudoso que dependa realmente de una afección corporal, o de que más bien no resultase sino de faltas de educación, malos hábitos, corrupción moral, descuido mentales, superstición o ignorancia, se decidirá disminuyendo o mejorando la condición mental por exhortaciones razonables y amistosas, argumentos consoladores, advertencias serias y consejos sensatos. Pero si la enfermedad mental depende de una enfermedad corporal, se agravará rápidamente con este método de manera que el melancólico se pondrá todavía mas abatido, querrelloso, inconsolable y reservado; el maníaco rencoroso mas exasperado y el demente locuaz manifiestamente se volverá mas loco. Parece como si la mente, en estos casos, recibiese con disgusto y pesar la verdad de estas advertencias racionales, obrando sobre el cuerpo como si quisiese restablecer la armonía perdida, pero también parece que el cuerpo por medio de su enfermedad reacciona sobre la mente y el carácter y los lleva a un desorden todavía mayor por transferencia de sus sufrimientos sobre ellos.

No obstante, como se acaba de decir, existen enfermedades emocionales, ciertamente pocas, que no se han desarrollado a expensas de enfermedades corporales, sino que de una manera inversa, se originan y sostienen, aunque afectando ligeramente al cuerpo, por causas emocionales, tal como la ansiedad continúa, las preocupaciones, vejaciones, injurias y la producción frecuente de un gran temor o susto. Esta clase de enfermedades emocionales con el tiempo destruyen la salud del cuerpo, a menudo en alto grado.

Solamente las enfermedades emocionales como éstas, que primitivamente han sido engendradas y subsecuentemente sostenidas por la mente misma, son las que

pueden cambiarse rápidamente con tal que sean todavía recientes y antes que hayan invadido gradualmente todo el cuerpo, por medio de remedios psíquicos, tales como una demostración de confianza, exhortaciones amistosas, consejos sensatos y a menudo por un engaño bien disfrazado, en un estado de salud de la mente (y con una dieta y régimen apropiado, al parecer, también en un estado de salud del cuerpo).

En las enfermedades mentales que resultan de una enfermedad corporal que solo puede curarse con el medicamento homeopático apropiado, junto con su régimen de vida cuidadosamente regulado, debe observarse escrupulosamente, por medio de un régimen mental auxiliar, un proceder psíquico apropiado en cuanto se refiere al paciente y por parte del médico también. A la manía furiosa se opone la calma intrépida y fría, la resolución firme; a las lamentaciones lúgubres, quejumbrosas, una demostración muda de conmiseración con la apariencia y ademanes; a la locuacidad insensata, silencio no desprovisto en absoluto de atención; a la conducta repugnante y abominable ya a la conservación del mismo carácter, ninguna atención. Únicamente debemos procurar impedir la destrucción y daño de los objetos que rodean al paciente, sin reprenderle jamás por sus actos, arreglando de tal manera todo, que se evite la necesidad de castigos o torturas corporales. Esto es tanto más fácil de realizar, porque en la administración del medicamento, las altas diluciones agitadas de la sustancia medicinal apropiada nunca hieren el gusto y por consiguiente pueden administrarse al paciente con la bebida sin que lo sepa, de modo que es innecesaria toda coacción.

Es imposible no asombrarse de la dureza de corazón y de la irreflexión de los médicos en muchos establecimientos para enfermos de esta clase, que sin tratar de descubrir el único modo verdadero y eficaz de curar tales enfermedades, que es por medio de medicamentos homeopáticos, se contentan con torturar a estos seres humanos dignos de compasión con fuertes golpes y otros tormentos dolorosos. Con este proceder sin conciencia y repugnante se colocan por debajo del nivel de los carceleros en las casas de corrección, pues estos últimos imponen tales castigos como un deber en su oficio y solamente en los criminales, mientras que los primeros solo parece que desahogan su despecho en la supuesta incurabilidad de la enfermedad mental por su pereza en adoptar un modo conveniente de tratamiento.

Por otra parte, la contradicción, las explicaciones vehementes, correcciones bruscas y amonestaciones así como la condescendencia débil y tímida, no deben usarse con estos enfermos, constituyen una manera igualmente perjudicial de tratar las enfermedades mentales y emotivas. Pero sobre todo estos pacientes se exasperan y sus padecimiento se agravan por el ultraje, fraude y superchería que descubran. El médico y el guardián deben siempre tratar de hacerles creer que tienen razón.

Si fuere posible, deberá quitarse toda clase de influencias externas perturbadoras de sus sentidos y de su carácter. Para su espíritu sombrío no hay diversiones distracciones saludables, medios de instrucción, ni efectos calmantes de la conversación, lecturas u otras cosas, pues su alma que se doblega o irrita bajo las cadenas del cuerpo enfermo, nada la fortifica, sino la curación. Solamente cuando vuelve la salud del cuerpo, fulgura otra vez en su mente la tranquilidad y el bienestar. El tratamiento de la locura furiosa y la melancolía debe hacerse en instituciones destinadas especialmente a este fin, pero no en el hogar del enfermo.

Si el remedio para el caso enfermedad mental fuese perfectamente homeopático a la imagen fielmente trazada del estado morboso, la mejoría más notable se realiza

en un tiempo no muy largo. En verdad, puedo afirmar después de una larga experiencia que la superioridad de la homeopatía sobre los otros métodos curativos imaginables, en ninguna parte se presenta con tanta brillantez como en las enfermedades mentales antiguas que deben su origen a afecciones corporales, o que se han desarrollado juntamente con ellas.

Fiebres intermitentes, Paludismo

Las *enfermedades intermitentes* merecen una consideración especial, tanto las que se presentan en períodos fijos –como el gran número de fiebres intermitentes y de afecciones no febriles que se presentan en la misma forma—como también aquellas en que ciertos estados morbosos alternan en períodos indeterminados con otros de diferentes clase. Estas últimas, las enfermedades alternantes, son también muy numerosa pero todas pertenecen a la clase de las enfermedades crónicas.

Es posible que dos o tres estados diferentes alternen a la vez. Así, por ejemplo, en el caso de una alternancia de dos enfermedades, pueden manifestarse persistentemente ciertos dolores en las piernas, etc., tan luego como desaparece una oftalmía y que ésta vuelva otra vez cuando cesen los dolores; o que espasmos y convulsiones alternen inmediatamente con cualquiera otra afección que reside en el cuerpo entero o en alguna de sus partes. Pero también es posible en caso de una triple alianza de estados alternantes en una enfermedad continua, que a una superabundancia aparente de salud, una exaltación de las facultades del cuerpo y del espíritu (alegría no acostumbrada, excesiva vivacidad, sentimiento exagerado de bienestar apetito inmoderado, etc.), se vea suceder bruscamente un humor sombrío y melancólico, una insoportable disposición a la hipocondría, con alteración de varias funciones vitales, de la digestión, del sueño, etc., y que este segundo estado ceda su lugar, de un modo más o menos pronto, al sentimiento de malestar que de ordinario experimenta el sujeto. A menudo no hay señal ninguna del estado anterior cuando aparece el nuevo. En otros casos sólo quedan ligeras huellas del estado alternante anterior cuando se presenta el nuevo; pocos síntomas del primer estado persisten al aparecer y mientras dura el segundo. Algunas veces los estados morbosos alternantes son completamente de naturaleza opuesta, como por ejemplo, la melancolía alternando periódicamente con la locura alegre o el furor.

Las *enfermedades intermitentes* típicas son aquellas en que un estado morbooso de carácter invariable reaparece en un período fijo, mientras el paciente esta en buena salud aparentemente, y desaparece igualmente en un tiempo fijo. Estos se observa en aquellos estados morbosos en apariencias no febriles que vienen y se van de una manera periódica (en épocas fijas), así como en aquellos de naturaleza febriles, es decir, la gran variedad de fiebres intermitentes.

Los estados morbosos en apariencia apiréticos, típicos, que periódicamente se presentan en una sola persona en tiempo fijo, siempre pertenece a las enfermedades crónicas. Se tratan con éxito con homeopatía aunque es necesario algunas veces emplear como remedio intercurrente alguna dosis de *cinchona* dinamizada para extinguir por completo su tipo intermitente.

Respeto a la *fiebres intermitentes* que prevalecen esporádica o epidémicamente (no las que se presentan endémicamente en lugares pantanosos), a menudo

encontramos que cada paroxismo está compuesto de dos estados alternantes y opuesto (calor y frío, frío y calor). Por consiguiente, el remedio elegido para combatirla de entre la clase general de los experimentados debe ser capaz de producir en el cuerpo sano (los remedios de esta son los más seguros) dos o los tres estados similares alternantes. También debe corresponder por la similitud de sus síntomas, de la manera más homeopática posible, al estado alternante (ya sea el período de frío, de calor o de sudor, cada uno con sus síntomas accesorios, según que sea uno u otro de los estados alternantes mas fuerte, mas marcados y más peculiar). No obstante, los síntomas del paciente durante los intervalos de apirexia, deben ser principales guías para encontrar el remedio homeopático mas apropiado.

La patología en boga, que todavía está en su período de infancia, solo reconoce una fiebre intermitente a la que designa también fríos (fiebre de fríos), y no admite mas variedades que las que están constituidas por los diferentes intervalos en que se presentan los paroxismos, cotidiano, terciana, cuartana, etc. Pero hay diferencias mucho más importantes entre ellas que las marcadas por los períodos de aparición. Existen innumerables variedades, algunas de las cuales no pueden denominarse fríos, puesto que su ataque sólo consiste en el síntomas calor; otras están caracterizadas solo por el frío con sudor subsecuente o sin él; otros tienen frialdad general con sensación de calor local, o mientras el cuerpo se siente caliente al tacto, el paciente siente frío; otras en que un paroxismo consiste enteramente en un escalofrío o simple frialdad, seguida de un intervalo de salud, mientras que el siguiente consta sólo de calor seguido o no de sudor; otras en que el calor se presenta primero y el frío no viene sino hasta que aquel desaparece; otras en que después del períodos de fríos o de calor viene apirexia y entonces el sudor se presenta como un segundo período, a menudo muchas horas después; otras, en fin, en que no hay sudor absolutamente, y no obstante otras en que todo el ataque consiste solo en sudor, sin frío ni calor, o en que el sudor sólo existe durante el período de calor. Hay otras numerosas diferencias, especialmente en relación con los síntomas accesorios, tales como cefalalgias de carácter peculiar, mal gusto en la boca, náuseas, vómitos, diarreas, adipsia o sed excesiva, dolores peculiares en el cuerpo o en los miembros, sueño intranquilo, delirio, alteración del humor, espasmos, etc., antes, durante o después del período de frío, de calor, o de sudor, y otras incontables variedades. Todas éstas son sin duda fiebres intermitentes de muy diferentes clases, cada una requiere tratamiento (homeopático) especial. Debe reconocerse que casi todas pueden suprimirse (como a menudo se hace) por dosis enormes de quina y de sus preparaciones farmacéuticas, el sulfato de quinina; es decir, su aparición periódica (su tipo) puede suprimirse con esta sustancia, pero el paciente que sufre de fiebre intermitente que no conviene cinchona, no son curadas por suprimir el acceso o tipo de fiebre. Los enfermos, al contrario, ahora quedan afectados de otro modo y peor por la discrasia química crónica y difícilmente puede restablecerse la salud en ellos, aun con el tratamiento prolongado con homeopatía.

El momento más apropiado y eficaz para administrar el medicamento en estos casos, es inmediatamente o muy poco después de la terminación del paroxismo, tan pronto como el enfermo se hubiese recobrado de sus efectos. En este caso tiene entonces tiempo de producir todos los cambios requeridos en el organismo para el restablecimiento de la salud. En tanto que si se da el medicamento, aun cuando sea específicamente apropiado, inmediatamente antes del paroxismo, coincide con la reaparición natural de la enfermedad y causa tal reacción en el organismo, y tan

violento esfuerzo, que un ataque de esa naturaleza produce a lo menos una gran pérdida de vigor. Pero si el medicamento se da inmediatamente después de la terminación del acceso, es decir, en el periodo apirético y mucho tiempo antes de que se inicie el siguiente paroxismo, el organismo está en la mejor condición posible para dejarse influenciar suavemente por el remedio, y así volver al estado de salud.

Cuando el período de apirexia sea muy corto, como sucede en alguna fiebre muy grave, o si dicho período fuese alterado por algunos de los sufrimientos subsecuentes del paroxismo anterior, la dosis del medicamento homeopático debe administrarse cuando el sudor o los otros fenómenos resultantes del paroxismo que termina, empiezan a disminuir.

No pocas veces una sola dosis del medicamento apropiado ha destruido varios ataques y restablecido la salud, pero en la mayoría de los casos debe administrarse otra dosis después de cada ataque. Sin embargo, es todavía mejor, cuando el carácter de los síntomas no ha cambiado, repetir sin ninguna dificultad dinamizando cada dosis sucesiva con 10 – 12 sucusiones del frasco conteniendo la sustancia medicinal que fue administrada, conforme al más reciente descubrimiento de la repetición de la dosis. No obstante, a veces hay casos, aunque raros, en que la fiebre intermitente vuelve después de varios días de haber cesado. Este retorno de la misma fiebre después de un intervalo de salud, solo es posible cuando el principio morboso que la produjo primero está todavía obrando sobre el convaleciente como sucede en las regiones pantanosas. En este caso la curación permanente sólo puede tener lugar, a menudo, apartando al sujeto de este factor causal, buscando un lugar montañoso para habilitar, si la causa de la fiebre fuese la región pantanosa.

Como casi todos los medicamentos producen en su acción pura una fiebre peculiar y especial, y aun una forma de fiebre intermitente con sus períodos alternantes, distinta de las otras fiebres causadas por otros medicamentos, puede encontrarse en la extensa lista de medicamentos el remedio homeopático para las numerosas variedades de fiebres intermitente naturales y, para muchísimas de éstas, aun entre la cantidad moderada de medicamentos experimentados ya en el individuo sano.

Las fiebres intermitentes epidémicas en lugares en que no son endémicas, son de la misma naturaleza que las enfermedades crónicas compuesta de un paroxismo agudo aislado; cada epidemia aislada tiene un carácter uniforme y peculiar común a todo los individuos atacados, cuando este carácter se encuentra en la totalidad de los síntomas comunes a todos, nos guía al descubrimiento del remedio homeopático (especifico) apropiado a todos los casos y que es casi universalmente útil en los pacientes que gozaban de salud mediana antes presentarse la epidemia.

Algunas veces sucede que cuando el enfermo se cambia sin dilación del lugar pantanoso a otro seco y montañoso, se presenta en apariencia el restablecimiento (la fiebre lo deja) si todavía no está profundamente enfermo.

Posología

Habiendo ya visto la atención que deberá prestarse, en el tratamiento homeopático, a las principales variedades de enfermedades y a las circunstancias peculiares relacionadas con ellas, pasamos ahora a lo que tenemos que decir respecto a los remedios y la manera de emplearlos, juntos con el régimen que debe observarse durante su uso.

En las enfermedades crónicas una sola dosis del remedio homeopático elegido convenientemente, causará una mejora lenta y progresiva en 40, 50, 60, 100 días. Pero se debe reducir este período a la mitad, a un cuarto o menos, para obtener una curación más rápida. Esto puede efectuarse muy afortunadamente bajo las siguientes condiciones, según me han enseñado observaciones recientes y a menudo repetidas si el medicamento se administra en alta potencia, disuelto en agua y a intervalos definidos para que la curación sea más rápida. *El grado de dinamización de cada dosis se diferencie algo de la que precede y de la que le sigue.*

El mismo medicamento cuidadosamente elegido puede darse diariamente y por meses, si fuese necesario de este modo: si los grados más bajos de la potencia se han usado por una o dos semanas en el tratamiento de las enfermedades crónicas, se aumenta el grado de la potencia hacia la más alta (princiando conforme al nuevo método de dinamización que aquí se enseña con el uso de las mas bajas potencias).

Con este fin agitamos de nuevo la solución medicinal con 8, 10, 12 sucusiones de la que damos al enfermo una o (en aumento) varias cucharaditas, en las enfermedades de larga duración diariamente o cada dos días, en las agudas, cada dos o seis horas y en casos muy urgentes cada hora o con más frecuencia. Así en las enfermedades crónicas todo medicamento homeopático correctamente elegido, aun aquel cuya acción sea de larga duración, debe repetirse diariamente por meses con éxito siempre creciente. Si la acción se agota es necesario añadir a la siguiente solución del mismo medicamento, si todavía está indicado, los glóbulos de una potencia más alta con la cual se continuará mientras el paciente siga mejorando. Si durante el tratamiento y la enfermedad otro *grupo de síntomas entonces debe escogerse otro medicamento más homeopático y administrarlo en las misma dosis repetidas.*

Si el medicamento provoca síntomas nuevos y perturbadores, ajenos a la enfermedad en tratamiento, no debe considerarse como elegido homeopáticamente y se debe neutralizar primero parcialmente tan pronto como sea posible con un antídoto, antes de dar el medicamento siguiente elegido con mas cuidado conforme a la similitud de acción. Pero si los síntomas no fuesen demasiado violentos, el siguiente remedio debe darse inmediatamente, con el fin de que reemplace al que fue impropriamente elegido. Se obraría sin razón y se perjudicaría cuando al no haber alivio o si lo hubiese fuese muy ligero seguido de agravación, se repitiese o aumentare la dosis del mismo medicamento, como se hace en la antigua escuela, bajo la creencia errónea de que no fue eficaz por su dilución. Toda agravación por la *producción de síntomas nuevos, demuestra invariablemente que el medicamento no fue apropiado al caso.*

Cuando es evidente, en casos urgentes, que después de solo seis, ocho o doce horas de haber hecho una mala elección del medicamento, el paciente se agrava perceptible aunque ligeramente por la aparición de síntomas nuevos y sufrimientos,

es su deber corregir su error administrando el medicamento indicado y más apropiado posible para la enfermedad existente.

Si se encontrase, que el medicamento homeopático mejor elegido y administrado en la dosis más conveniente no produce mejoría, esto es signo seguro de que la causa que sostiene la enfermedad persiste todavía, y que hay alguna circunstancia en el modo de vivir del paciente o en la situación en que está colocado, que debe quitarse a fin de que pueda realizarse una curación permanente.

Entre los signos que, en todas las enfermedades, sobre todo aquellas de un carácter agudo, anuncian un ligero principio de mejoría o de agravación que no es para todos perceptible, son los más seguros e instructivos los que revelan el estado mental del paciente y su manera de comportarse. En el caso de que haya un alivio, aunque sea muy ligero, se nota un grado mayor de bienestar, la tranquilidad aumenta así como la libertad de la mente y el ánimo es más fuerte; se verifica una especie de vuelta al estado natural. En el caso de que haya agravación, aunque sea muy ligera, se tendrá un estado opuesto al anterior: retraimiento del carácter, desesperación de la mente, comportamiento digno de compasión en todos sus gestos, posturas y acciones; todo lo cual se percibe fácilmente por medio de una atenta observación, pero difícilmente puede expresarse con palabras.

Por otra parte, si el enfermo menciona la presentación de algún accidente o síntoma nuevo de importancia –señal de que la medicina escogida no ha sido estrictamente homeopática—aun cuando nos asegure amablemente que se siente mejor, como no es raro el caso en enfermos de tuberculosis con abscesos pulmonares, no debemos creer esta afirmación, sino considerar su estado tan agravado como que pronto será perfectamente claro.

El verdadero médico tendrá mucho cuidado en evitar convertir en remedios predilectos o favoritos, medicamentos cuyo empleo, por casualidad, quizás ha encontrado útiles a menudo y que ha tenido oportunidad de usar con buen resultado. Si obra así, serán olvidados algunos remedios de uso más raro que serían más homeopáticamente apropiados y por consiguiente más eficaces.

El verdadero médico, además no despreciará en su práctica por futilidad o desconfianza el empleo de aquellos remedios que de vez en cuando haya empleado con mal resultado, debido a una errónea elección (por culpa propia, por supuesto), o evitar su empleo por otras (falsas) razones, como que no son homeopático al caso en tratamiento.

Farmacología, farmacotecnia

El modo mas perfecto y seguro de extraer la virtud o parte medicinal de las plantas indígenas que pueden obtenerse frescas, consiste en exprimir el jugo, que se mezcla en seguida exactamente con partes iguales de alcohol de graduación tal que arda en la lámpara. Se deja en reposo la mezcla por espacio de veinticuatro horas, en un frasco bien tapado y después de haber decantado el líquido claro, en cuyo fondo se encuentra el sedimento fibroso y albuminoso, se le conserva para el uso medicinal. El

alcohol que se ha añadido al jugo se opone desde luego al desarrollo de la fermentación que ya en adelante no puede efectuarse. Se conserva esta preparación en frasco bien tapado y lacrados para evitar la evaporización, y puesto al abrigo de la luz solar. De esta manera se mantiene (perfecta e inalterable) *para siempre* el poder medicinal completo del jugo de las plantas.

Aunque la mezcla de partes iguales de alcohol y de jugo recientemente exprimido sea generalmente la proporción más conveniente para precipitar la materia fibrosa y la albúmina, con todo hay plantas muy cargadas de mucosidad espesa (como *Symphytum officinale*, *Viola tricolor*, etc.) o de excesiva albúmina (como *Aethusa cynapium*, *Solanum nigrum*, etc.), que exigen ordinariamente doble cantidad de alcohol. Las plantas que son de jugo muy deficiente, como *Oleander*, *Buxus*, *Taxus*, *Ledum*, *Sabina*, etc., se deben machacar primero solas hasta formar una masa o pasta homogénea y húmeda y después mezclarla con doble cantidad de alcohol y así que el jugo se combine con él, se puede prensar; estas plantas también pueden triturarse con azúcar de leche hasta la millonésima y después diluirlas y patentizarlas (ver § 371).

Las otras plantas, cortezas, semillas y raíces que no pueden obtenerse frescas, un médico prudente nunca se fiará de otro para proporcionárselas en polvo, sino que antes de usarlas en su práctica se convencerá de su pureza y de que están enteras y no prepararlas.

Para conservarlas en forma de polvos, se necesita una precaución no usada hasta el día en las boticas, donde no pueden guardarse sin que se alteren, ni aun los polvos bien disecados de sustancias animales y vegetales aun en frascos bien tapados. Esto consiste en que las materias vegetales, aunque sean perfectamente secas, retienen todavía cierta cantidad de humedad, condición indispensable para la coherencia de su tejido, que no impide que la droga permanezca incorruptible mientras se conserva toda entera, pero que se hace superflua luego que se la pulveriza. De aquí se sigue que una sustancia animal o vegetal que estaba bien seca cuando entera da un polvo ligeramente húmedo, que no tarde en alterarse, y enmohecerse, en los frascos, aunque estén bien tapados, si antes no se ha tenido el cuidado de privarlos de toda su humedad. El mejor modo de conseguirlo es extender los polvos sobre un plato de hoja de lata de bordes elevados, que flota en un envase lleno de agua hirviendo (es decir, en baño María), removiéndolos hasta que sus partes ya no se aglomeren y resbalen unas contra otras como arena fina, que con facilidad pueden convertirse en polvo. En este estado seco pueden conservarse los polvos para siempre inalterables en frascos bien tapados y sellados, con todo su poder o virtud medicinal primitiva, sin enmohecerse jamás ni engendrar gorgojos; teniendo el cuidado de ponerlos al abrigo de la luz en cajas o gavetas tapadas, serán mejor conservados. Cuando el aire penetra en los frascos, o cuando están expuesto a la acción de los rayos de sol o de una luz muy fuerte, las sustancias animales y vegetales pierden cada día más sus virtudes medicinales, aunque estén enteras pero todavía más en forma de polvo.

El método homeopático, por un procedimiento que le es propio, desarrolla las virtudes medicinales dinámicas de sustancias groseras, que les da una acción profundamente

eficaz y terapéutica, aun a aquellas que en el estado crudo no daban señal de la menor influencia medicinal sobre el cuerpo humano.

Este cambio notable en las cualidades de las sustancias naturales desarrolla el latente poder dinámico hasta entonces desconocido, como si hubiese permanecido oculto o adormecido, poder que modifica el modo de ser de la vida animal. Esto se realiza por acción mecánica sobre sus más pequeñas partículas frotando y sacudiendo y después de *añadir una sustancia indiferente en polvo o líquido que la separa entre sí*. Este proceso se llama dinamizar o potentizar (desarrollo del poder medicinal) y los productos son las dinimizaciones en diferentes grados.

Mucho tiempo antes de descubrir esto, la experiencia había enseñado que podían producirse varios cambios en diferentes sustancias en estado natural por medio de la fricción, tales como el color, la combustión, desarrollo de olor en cuerpos inodoros, magnetización del acero, etc. Pero todas estas propiedades determinadas por la fricción sólo se relacionaban a objetos inanimados. Existe una ley de la naturaleza conforme a la cual se producen cambios fisiológicos y patogénicos en el cuerpo por medio de la fuerzas capaces de cambiar el estado material crudo de las drogas, aun de aquellas en que nunca se había manifestado ninguna virtud medicinal. Esto se realiza por trituración y sucusión, pero con la condición de emplear un vehículo indiferente en determinadas proporciones. Esta notable ley física, y especialmente fisiológica y patológica de la naturaleza no había sido descubierta antes de mi época. No es de sorprender entonces que los actuales naturalistas y médicos (que la desconocían) no tuviesen fe en el poder mágico curativa de estas dosis de medicamentos preparados conforme a las reglas homeopáticas (dinamizada).

Lo mismo se observa en una barra de acero o de hierro, en la que no puede descubrirse la fuerza magnética latente oculta en su interior. Ambas barras después de forjadas y en posición vertical rechazan el polo norte de una aguja imantada con su extremidad inferior y atraen el polo sur con la otra. Esto es sólo una fuerza latente, pues ni las más finas partículas de hierro pueden extraerse o depositarse en alguna de las extremidades de la barra. Únicamente después de estar dinamizada, frotándola con una lima roma en una dirección, podrá volverse un imán poderoso y capaz de atraer el hierro y el acero y transmitir a otra barra de acero por contacto, y aun a alguna distancia, su poder magnético y esto en tanto mayor grado cuanto más se le ha frotado. Del mismo modo triturando las sustancias medicinales y por la agitación de sus soluciones (dinamización) se desarrollará y manifestará el poder medicinal oculto en ella..

Esto se refiere sólo al aumento y mayor fuerza en el desarrollo de su poder para producir cambios en la salud de los animales y el hombre, al hacer contacto con las fibras sensibles (por ingestión u olfacción). De la misma manera que una barra imantada especialmente si su fuerza magnética está aumentada (dinamizada) puede revelar su poder sólo con una aguja de acero cuyo polo esté cerca o la toque.

Diariamente oímos llamar sólo diluciones a las potencias medicinales homeopáticas, que son precisamente lo contrario, es decir, un verdadero descubrimiento que revela y manifiesta el poder medicinal específico oculto en las sustancias naturales, por medio de la fricción y sucusión. La ayuda de un medio escogido no medicinal, de atenuación, no es sino una condición secundaria. La simple dilución, por ejemplo: la solución de un grano de sal, no ser más que agua, pues el grano de sal desaparecerá en la dilución con gran cantidad de agua y nunca desarrollará poder medicinal, como sucede con nuestra bien preparadas dinamizaciones en que dicho poder es elevado a un punto maravilloso.

Con el fin de obtener lo mejor posible este desarrollo de poder, se tritura una pequeña parte de la sustancia que se va a dinamizar, por ejemplo: un gramo con cien gramos de azúcar de leche durante tres horas, en forma de polvo hasta la millonésima, conforme a método descrito abajo. Por razones dadas aquí, abajo (B) se disuelve un gramo de este polvo en 500 gotas de una mezcla de una parte de alcohol y cuatro parte de agua destilada, de la cual se pone una gota en un frasco. A esto se añade 100 gotas de alcohol puro y se le dan cien sacudidas fuertes golpeando la mano contra algún objeto duro pero elástico. Este es el primer grado de dinamización del medicamento, con el que entonces los glóbulos de azúcar se humedecerán extendiéndolo rápidamente sobre el papel secante para secarlo y guardarlos en un frasco bien tapado y marcado como la (I) potencia. Se toman de estos un solo glóbulo para la dinamización siguiente.

Se pone en un segundo frasco (con una gota de agua para disolverlo) y se añaden 100 gotas de alcohol de buena calidad y se dinamiza de la misma manera con 100 sucusiones fuertes.

Con esta dilución medicinal se humedecen los glóbulos, se extienden sobre un papel secante para secarlos rápidamente, se ponen en un frasco bien tapado y protegido del calor y la luz del sol y se marca con el signo (II) de la segunda potencia. De esta manera se sigue el mismo procedimiento hasta que se llega a la potencia veintinueve. Entonces con 100 gotas de alcohol (un glóbulo) y 100 sucusiones se forma la trigésima (30^a) potencia con la cual se humedecen los glóbulos y se secan después.

Una tercera parte de cien gramos de azúcar de leche se pone en un mortero de porcelana vidriada con el fondo deslustrado con arena fina y húmeda. Sobre este polvo se echa un gramo de la sustancia en polvo que se va a triturar (mercurio, petróleo, etc.). El azúcar de leche que se use para la dinamización debe ser de la más pura calidad, la que cristaliza en hilera y se obtiene en forma de barras largas. Por un momento se mezcla el polvo y el medicamento con una espátula de porcelana y se tritura con fuerza de seis a siete minutos. Se raspa la sustancia del y de su mango por tres o cuatro minutos a fin de hacerla más homogénea. Se vuelve a triturar por otros 6 o 7 minutos sin añadir nada más y se raspa también 3 o 4 minutos. Ahora se añade la segunda tercera parte de azúcar de leche, se mezcla con la espátula y se tritura otra vez 6 o 7 minutos, se raspa 3 o 4 minutos y se vuelve a triturar por 6 o 7 minutos. Se añade la última tercera parte y se hace lo mismo que

con las anteriores. El polvo así preparado se pone en un frasco bien tapado y protegido de la luz directa del sol y se le pone el nombre de la sustancia y se marca de esta manera ---1000--- como primer producto. Con el fin de elevar este producto a ---10000--- , se mezcla un gramo de él con la tercera parte de 100 gramos de polvo de azúcar de leche y se procede como anteriormente, pero debe tenerse mucho cuidado en que cada tercera parte sea triturada dos veces por espacio de 6 a 8 minutos cada vez y raspada 3 o 4 minutos antes de que se añadan las otras terceras partes. Cuando se termine todo, se pone el polvo en un frasco bien tapado y etiquetado ---10000--- . Ahora bien, si se toma un gramo de este último polvo y se prepara de la misma manera, se tendrá la 1/1,000,000 (1) y cada gramo contendrá 1/1,000,000 de la sustancia original. De manera que la trituración de los tres grados requiere seis veces o siete minutos triturando y seis veces 3 o 4 minutos raspando, en total una hora. Después de una hora de semejante trituración cada gramo del primer grado contendrá 1/1,000 de la sustancia usada; del segundo 1/10,000 y del tercero 1/1,000.000. Esto son los tres grados de la trituración de polvo seco, la cual si se ejecuta correctamente, vendrá a ser un buen principio para la dinamización de la sustancia medicinal. El mortero, su mango y la espátula deben limpiarse bien antes de usarse para otra medicina. Se lavan primero, se secan y se someten una ½ hora a la ebullición. Pueden tomarse más precauciones al grado de ponerlas a la acción de un fuerte calor.

Si sólo se toma un glóbulo, 100 de los cuales pesa un grano, y se dinamiza con 100 gotas de alcohol, la proporción es de 1 a 50,000 y aun sería mayor, pues 500 de estos glóbulos difícilmente absorben una gota, para su saturación. Con esta relación muy desproporcionada entre el medicamento y el medio de dilución, muchas sacudidas al frasco lleno en sus dos terceras partes con alcohol, puede determinar un desarrollo mucho más grande de poder. Pero si el medio diluyente es poco como 100 a 1, y se le imprimen muchas sacudidas por medio de una poderosa máquina, el poder medicinal que entonces se desarrolla, especialmente en las altas dinamizaciones, obra casi inmediatamente, pero con una violencia furiosa, aún peligrosa sobre todo en los pacientes débiles que no tienen una reacción duradera y moderada del principio vital. Pero el método descrito por mí, al contrario, produce medicamentos de gran poder y de acción más moderada que, sin embargo, si están bien elegidos, impresionan curativamente todas las partes del cuerpo que sufre. En caso muy raros, a pesar del casi restablecimiento total de la salud y de adquirir suficiente poder vital, persiste sin modificarse una antigua y fastidiosa perturbación local. En estos casos está completamente permitido y aun es indispensablemente necesario, administrar en dosis crecientes el remedio homeopático que ha resultado eficaz, patentizado a muy alto grado por medio de sacudidas manuales. Entonces la enfermedad localizada a menudo desaparecerá de una manera sorprendente. En las fiebres agudas, pueden repetirse a corto intervalos pequeñas dosis de las dinamizaciones mas bajas de estos medicamentos perfectamente preparados aún de aquellos de acción continuada y larga (como belladona). En el tratamiento de las enfermedades crónicas, es mejor principiar con los grados de dinamización más bajos, y cuando fuese necesario usar los mas altos y cada vez mas poderosos, pero de acción moderada.

Esta afirmación, no aparecerá inverosímil, si se considera que por medio de este método de dinamización (la preparación obtenida de este modo, he encontrado después de muchos experimentos y contra-experimentos, que es la mas poderosa y al mismo tiempo de acción más moderada, es decir, la más perfeccionada), la parte material del medicamento disminuye 50,000 veces con cada grado de dinamización y no obstante aumenta su poder de manera increíble, de modo que la dinamización sucesiva de 125 y 18 ceros alcanza sólo el tercer grado de dinamización. La trigésima potencia preparada así progresivamente dará una fracción casi imposible de ser expresada con números. Es evidente que la parte material por medio de semejante dinamización (desarrollo de su verdadera esencia, de su esencia medicinal interna) se descompondrá finalmente en su esencia individual.

Por este modo de preparación se obtienen fármacos con la capacidad completa para influenciar al organismo enfermo. Por este procedimiento mecánico, con tal que se realice metódicamente, se efectúa un cambio en sustancias no medicinales cada vez mayor hasta poseer un poder medicinal. Esta fuerza en el glóbulo medicamentoso preparado, seco y disuelto en agua, viene a ser su vehículo y en esta condición se manifiesta su poder curativo en el organismo enfermo.

Será un signo cierto de que la dosis ha sido en absoluto demasiado grande, si durante el tratamiento, especialmente de las enfermedades crónicas, la primera dosis provoque la aparición de la llamada *agravación homeopática*, es decir, el aumento marcado de los síntomas morbosos originales que se observaron al principio. De la misma manera se presentará la llamada *agravación homeopática* con cada dosis repetida (p. 247) aunque sea de un medicamento modificado hasta cierto punto por la sucusión antes de administrarlo (es decir, en dinamización más alta) **(1)**.

En caso de que la falibilidad humana induzca al médico a emplear un medicamento inadecuado, la desventaja que de esto resulte será tan pequeña que el paciente la vencerá y reparará rápidamente y con la pronta administración del remedio correctamente elegido conforme a la similitud de los síntomas.

Además de la lengua, la boca y el estómago, que son las partes del organismo más sensibles a la administración de los medicamentos, la nariz y los órganos respiratorios también lo son, cuando aquellos están en forma fluida, por medio de la olfacción e inhalación a través de la boca. Todo el revestimiento cutáneo es sensible a la acción de las sustancias medicinales en solución.

Es notablemente útil el poder medicinal obrando en los niños por medio de la leche materna o de la nodriza. Todas las enfermedades ceden, durante la infancia, al remedio homeopático bien elegido y administrado en dosis moderadas a la madre que amamanta. Se puede proteger al infante por medio de dicha leche que se ha convertido en medicinal.

La fuerza dinámica del imán, de la electricidad y del galvanismo obra tan poderosa y homeopáticamente sobre nuestro principio de vida, como los medicamentos indicados que combaten las enfermedades tomándolos por la boca, por fricción, o por olfacción. Existen enfermedades, especialmente las de la sensibilidad e irritabilidad, las sensaciones anormales y movimientos musculares involuntarios, que pueden curarse con estos medios.

APENDICE

Frases importantes a partir de su otra obra.

Farmacología homeopática

“Con la sucusión y la trituración la mezcla logra un cambio tan increíblemente grande e inconcebiblemente curativo, que este desarrollo del poder de los medicamentos merece ser considerado entre los grandes descubrimientos de esta época..Ahora bien, cuando pensamos en el desarrollo de las fuerzas físicas con la trituración de sustancias materiales, estamos ante un tema maravilloso. Solo el ignorante vulgar aun ve la materia como una masa muerta, siendo que desde su interior se pueden liberar poderes increíbles e insospechados. Todo descubrimiento de este tipo ha de enfrentar la incredulidad de la gran masa de la humanidad, de aquellos sin el conocimiento adecuado de los fenómenos físicos que no comprenden sus causas por carecer de la capacidad de observación y reflexión en lo que perciben”

¿Cómo a tan elevada dilución, conservan su gran poder los medicamentos homeopáticos? *Materia Medica Pura (1827)*

 “La química es tan inapropiada para analizar la trituración y la sucusión homeopática como lo es para detectar la diferencia entre el hierro simple y el hierro imantado.

Magnes. En: *Reine Arzeneimittlelehre*. Vol 1 3ª ed. Dresde, Arnold. (1833)

“El polvo impregnado que obtuvieron de Neudietendorf, en frascos bien cerrados, retendrá sus propiedades, hasta donde sé, sin alterar para siempre. Incluso si el médico homeópata prepara sus medicinas de la siguiente manera le podrán durar toda su vida. Se gotea la dinamización del medicamento homeopático en un frasco con los glóbulos de azúcar. Hasta que queden saturados e impregnados por la medicina. . El conjunto de glóbulos impregnados se coloca en un papel extendiéndolos para secarlos. Se guardan en una botella y se etiquetan. De esta manera tendremos un almacén de todos los medicamentos, mismos que conservarán sus poderes sin disminuir durante un número incalculable de años. Siempre estarán listos para ser usados, serán suficientes para una práctica de toda la vida. Aun para almacenarlos en un hospital de por vida. Les ruego que compartan este mensaje a los otros homeópatas.”

Carta de Hahnemann a su sobrino Trinius (1829) En: *Life and Letters of Dr Hahnemann...* Thomas L Bradford. Boericke and Tafel Philadelphia. 1895

“Las diluciones sin agitar, son solo atenuaciones, no son dinamizaciones. En la dinamización homeopática las propiedades medicinales latentes en la forma cruda de las sustancias naturales, son activadas y capacitadas para actuar sobre nuestra vitalidad, es decir, sobre nuestras fibras sensibles e irritables. Este desarrollo de las propiedades de las sustancias naturales crudas (dinamización) se consigue en las sustancias secas mediante la trituración en mortero y en las líquidas mediante la sucusión. No podemos designar estas preparaciones simplemente como diluciones aunque para alcanzar dinamizaciones superiores, despertando y desarrollando sus propiedades latentes, deban primero ser atenuadas a fin de liberar y exponer lo mas sutil de los poderes medicinales que subyacen. Esto no podría lograrse por más trituraciones o sucusiones que diéramos a dichas sustancias en su forma concentrada.” Prefacio al 5º vol. *Tratado de Enfermedades Crónicas* (1838)

“Leemos con frecuencia en libros de homeopatía que alguna alta dinamización de cierta medicina fue inoperante, mientras una potencia inferior resultó efectiva. ¿Por qué nadie investiga, que les impide preparar esas dinamizaciones aplicando diez, veinte, cincuenta o más sucusiones contra un cuerpo elástico, algo resistente, a cada frasco que contenga una gota de la potencia inferior, con 99 gotas de alcohol, para lograr potencias superiores. Esto sería muchísimo más efectivo que imprimir al frasco unas cuantas débiles sucusiones que produzcan poco más que diluciones, práctica en que no deben incurrir.” Prefacio al 5º vol. *Tratado de Enfermedades Crónicas*(1838)

Explicación tentativa de la curación homeopática

“Los médicos ordinarios causaron tanto daño al desconocer los efectos primarios de los medicamentos, ignorar el modo de estudiarlos y no molestarse en descubrir el método correcta. Durante 25 siglos no tuvieron noción de la acción secundaria exactamente opuesta a la acción primaria medicinal. Para lograr cualquier curación permanente las medicinas deben reproducir en su acción primaria el simil del estado mórbido (que se traduce en la alteración de la salud con el desequilibrio de sus sensaciones y funciones). Asi podremos esperar la reacción del organismo que se opone a esta acción primaria medicinal.

Argentum. Materia Medica Pura. vol. 4, 2ª ed. 1825

“Somos incapaces de mostrar pruebas concluyentes en apoyo a nuestras explicaciones basándonos en los cambios observados en lo inorgánico, puesto que los cambios en los organismos son procesos totalmente diferentes a los del reino inorgánico.

En si el principio vital, siendo una fuerza orgánica para mantener la salud, opone al invasor patógeno tan solo débil resistencia, al progresar e incrementarse la enfermedad le opone resistencia mayor, que acaso llega a igualar la agresión. Pero si a la fuerza vital instintiva los médicos le presentamos y oponemos su enemigo

magnificado por obra de medicinas homeopáticas, aunque sea en un mínimo por vez, si esa imagen hostil aumentada logra engañarle simulando que es la enfermedad misma, gradualmente compeleríamos a la vitalidad instintiva a incrementar su energía por gradaciones sucesivas más y más, hasta alcanzar el nivel que fuera netamente más poderosa que la enfermedad original.”

Prefacio al 4º volumen *Tratado de Enfermedades Crónicas*(1838)

Posologia. Escala centesimal

Un glóbulo impregnado con la 30c dilución potentizada y luego seco, retiene todo su poder *sin disminuir* durante al menos dieciocho o veinte años (mi experiencia se extiende esta distancia en el tiempo) aunque el frasco se abra mil veces durante ese periodo, si se le protege de la luz del sol y el calor." Parágrafo 288, 5ª ed Organon

Cuanto más alta la dilución homeopática tanto más rápida y penetrante parece la acción medicinal que ejerce en el sujeto. Esto aunque se alcance la 60c, 150c, 300c o más altas. Pie de página al 287. 5ª ed. *Organon*

El remedio homeopático puede repetirse con éxito en...

casos agudos: cada 24, 12, 8, 4 horas

casos muy agudos: cada hora- hasta cada 5 minutos.

Parágrafo 247 5ª ed. *Organon*

Cuando se trata de enfermedades crónicas lo mejor es dar una dosis del medicamento adecuado en solución al menos cada dos días y con mayor frecuencia a razón de una cucharada por día. Hahnemann. Respecto a la parte técnica de la homeopatía *Tratado de enfermedades Crónicas*.